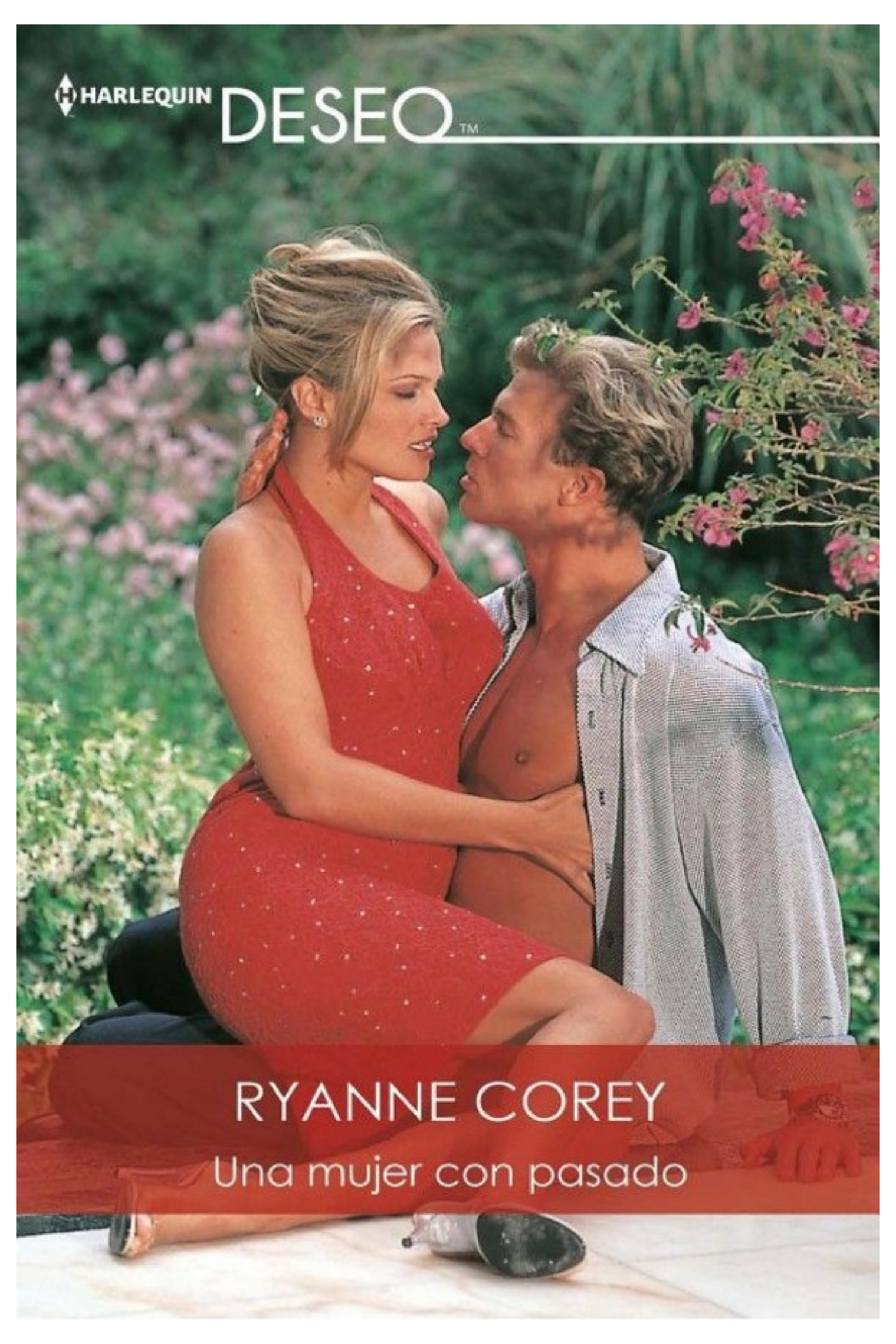

HARLEQUIN
DESEO™
RYANNE COREY
Una mujer con pasado

DESEO

RYANNE COREY

Una mujer con pasado



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Una mujer con pasado, n.º 1009 - agosto 2019
Título original: Lady With a Past
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.:978-84-1328-426-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo Uno

Connor Garret era el primero en admitir que le gustaba mimarse. Era una de esas personas que adoraba la comodidad, le gustaban las tarjetas de crédito sin límite de saldo, enviar toda la ropa a la lavandería, y tener casas magníficas al lado de la costa.

Con lo único que no se llevaba bien era con el microondas, pero eso tampoco suponía un grave problema, pues su ama de llaves le preparaba puntualmente la comida en las escasas ocasiones en que no comía fuera.

La verdad era que, quitando aquel misterioso horno, no había nada que hubiera perturbado su existencia… hasta entonces.

Lo primero que lo irritaba era aquel maldito deportivo de alquiler, tan llamativo en el aeropuerto, pero tan incómodo. Su metro noventa de estatura no cabía allí dentro. La solución habría sido quitar el techo, pero había empezado a llover. Su pelo castaño dorado lucía más oscuro por obra del agua que se lo había humedecido.

También había descubierto el terrible hábito de los animales salvajes de Wyoming, que se dedicaban a cruzar la carretera sin aviso. Aquello no tenía nada que ver con Los Ángeles, donde los únicos animales que frecuentaban la calle eran los conductores.

Sin embargo, el siniestro estado de ánimo de Connor tenía más que ver con una mujer que con ninguna de esas otras circunstancias. Se trataba de Glitter Baby. Connor llevaba diez días buscándola, pero ella no quería que nadie la encontrara. Y, de momento, estaba ganando la batalla.

Miró la foto que tenía en el asiento de al lado. Era una de esas fotos tomadas «a la caza», en la que se apreciaban los ojos de color violeta de aquella mujer, su pelo rubio que caía como una gloriosa cascada. Tenía la piel pálida y luminosa, que casi se confundía con el traje que llevaba. Sus labios gruesos y bien dibujados parecían haber sido esculpidos para incitar al pecado.

–¿Dónde demonios se habrá metido? –murmuró Connor–. ¿Cómo puede alguien con un rostro como este desaparecer sin dejar rastro.

Volvió a centrar su atención en la carretera, justo a tiempo para

evitar chocar con otro vehículo que circulaba demasiado despacio.

Estaba harto de viajar, estaba harto de dormir en moteles. Sobre todo odiaba viajar, a través de las montañas, en pequeñas avionetas. Sabía que aquella podía ser una búsqueda infructuosa, pero se negaba a cesar en su intento por hallar a aquella mujer. No estaba dispuesto a dejarse vencer, mucho menos aún en aquellas circunstancias.

El móvil que llevaba en el bolsillo de la chaqueta sonó y él lo buscó sin apartar la vista de la carretera. Solo había una persona que conociera aquel número: su ayudante Morris Gold.

–Dime, Morris. ¿Has tenido suerte en Texas? Sí, ya sé que es un sitio muy grande… No, no quiero entrevistar a Alan Greenspan. ¿Quién quiere escuchar a alguien hablar de tipos de interés durante una hora? No, necesito algo especial. Nadie ha sido capaz de encontrar a esta mujer en dos años –hubo un corto silencio, solo interrumpido por las gotas de lluvia que golpeaban sobre el capó–. No, no estoy poniendo las cosas difíciles. ¿Cómo que estás empezando a soñar con ella? ¡No te puedes enamorar de una foto! Yo soy un experto en no enamorarme, Morris. Conozco estas cosas. Llámame si ocurre algo.

Connor dejó el teléfono sobre el asiento y suspiró. Había trabajado como periodista con mucho éxito durante seis años, siempre buscando retos como aquellos. Glitter Baby había sido la punta del iceberg del mundo de la moda durante ocho años. Había empezado a desfilar a los catorce, ya entonces con gran éxito. Hacía dos años, se había retirado sin intención de regresar, ni anuncio alguno de planes futuros. El equipo de búsqueda de Connor la habían tratado de localizar, pero parecía haberse desvanecido. Su nombre verdadero era Frances Calhoon. Había nacido en Redfern, Wyoming, donde su padre había sido granjero hasta hacía seis años, en que había fallecido. Su madre se había trasladado entonces, pero ninguno de los vecinos sabía adónde. No sabía más. Connor estaba ansioso por saber más, por conocer la misteriosa historia de la modelo desaparecida, con la que habría logrado un programa de máxima audiencia.

Tenía que encontrarla.

Connor iba siguiendo todas las pistas, comprobando todos los lugares en los que había sido vista. La última noticia era que la habían visto en un rodeo, en Wyoming. Y allí estaba él, aunque no abrigaba muchas esperanzas de encontrarla realmente. Las vacas y las supermodelos no solían encajar.

Miró de nuevo la foto. Sin duda la cámara la adoraba. No le

extrañaba que hubiera alcanzado el éxito. A diferencia de otras modelos de miradas vacías, sus ojos brillaban con fuego y fantasía. Tenía un aspecto mitad desamparado, mitad de sirena, una explosiva y afrodisíaca mezcla.

Se preguntó qué se sentiría en sus brazos.

Después de una noche inquieta en un motel de Oakley, Connor se recorrió, como de costumbre, los cafés y las tiendas de la zona, mostrando una foto de Frances Calhoon, y tuvo que escuchar los mismos comentarios una y otra vez.

–Sí, claro que sé quién es. Pero no, no la he visto por aquí.

Connor llevaba siempre gafas de sol, para ocultar en lo posible su conocido rostro. Una gorra de béisbol completaba el equipo de camuflaje.

Connor era uno de esos hombres a los que desean las mujeres, con anchos hombros y vaqueros ajustados. Desde su época de universidad, en que era la estrella del fútbol, las mujeres habían demostrado apreciar su físico. Él hacía lo que podía, no negándose a sus deseos. Una lesión de rodilla puso fin a tan gloriosa carrera, y tuvo que empezar a trabajar con su padrino, Jacob Stephens, en la televisión por cable. Su padrino le aseguró que tenía imagen y gancho para poder entrevistar a celebridades.

El trabajo resultó mucho menos estresante que el de jugador de fútbol y, muchas veces, se sentía culpable de estar recibiendo semejante sueldo por algo que realizaba con tal facilidad. Las altas esferas de la televisión parecían realmente contentos con su trabajo.

La verdad era que a Connor lo sorprendía aquel éxito. Sabía que sus formas, sus maneras, no eran la norma entre los periodistas de televisión, pero funcionaban.

Las mujeres afirmaban que su éxito se debía a su pelo, sus ojos y su boca. De hecho, Morris solía referirse a él como «ojitos de caramelo». A Connor no le gustaba en exceso que se hiciera tanto énfasis en su físico. Pero era una persona fácil y alegre que no se complicaba la vida en exceso. Dos veces al mes, recibía un cheque que lo curaba de objeciones.

Cuando se sentía aburrido de lo que hacía, se decía que, seguramente, cualquier hombre que no pudiera hacer del fútbol su carrera profesional se sentiría aburrido en la vida. Acto seguido, revisaba su capital bancario y se sentía muchísimo mejor.

No obstante, la labor que tenía encomendada en aquel momento no tenía absolutamente nada de aburrida. Se había convertido en

un auténtico reto.

Además, le debía aquello a Jacob Stephens, que estaba a punto de invertir en toda una red de canales y necesitaría aquello para hacer subir la audiencia. Connor tenía que hacer aquello por su padrino.

Connor llegó a un establecimiento llamado «Howdy Do Farm and Feed», donde vendían abastecimiento para ganado. Miró el letrero y estuvo a punto de pasar de largo, cuando recordó lo que le habían comentado sobre los rodeos. No era, sin embargo, una de esas tiendas en las que uno podía encontrarse a celebridades.

Al entrar, el olor a abono llenó su nariz y miró de un lado a otro. Había unos cuantos clientes que parecían sacados de un cuadro del siglo pasado, todos vestido de cuero viejo.

Connor se quitó las gafas y se aproximó al adolescente que estaba en el mostrador.

–Perdona –Connor sonrió–. Estoy buscando a alguien. ¿Has visto a esta mujer por aquí?

–Yo también la estoy buscando –murmuró el joven–. Llevo toda mi vida buscándola. Créame, si la hubiera visto, me acordaría. Es esa modelo, ¿no? Spic Baby.

–Glitter Baby –lo corrigió Connor y le quitó la fotografía que le había tomado de entre los dedos.

–Si quiere me quedo con la foto y la pongo en el tablón de anuncios, por si alguien la ve.

–No hace falta. ¿Sabes cómo se llega a Riverside?

–Sí, por la autopista 33 –respondió el muchacho–. No tendrá otra foto como esa por ahí, ¿verdad?

–No –dijo Connor irritado por los comentarios del adolescente.

Dio la vuelta repentinamente y se chocó de frente con alguien que acababa de entrar. En la cabeza de Connor se encendió un letrero luminoso que decía: «grandes pechos y muy femenina».

–Ha sido culpa mía –se disculpó la mujer y se inclinó para agarrar su sombrero de vaquero. Llevaba vaqueros, camisa y unas botas, el uniforme de la zona. Tenía un bonito pelo castaño, que llevaba sujeto en una coleta tirante atrás. Ella sonrió. Tenía una figura realmente hermosa. Estaba claro por qué las hijas de los granjeros tenían fama de ser hermosas.

–No. Ha sido mi culpa. ¿Está bien?

Ella se rio, mientras se colocaba el sombrero de vaquero.

–Soy dura. Sobreviviré.

–Bueno, al menos he logrado captar su atención –Connor miró la fotografía–. Estoy buscando a esta mujer. ¿Recuerda haberla visto

alguna vez?

–Es muy famosa, Maxie –dijo el adolescente tendero–. ¿Recuerdas esa modelo que desapareció hace dos años? Es ella.

La mujer miró la foto durante unos segundos, se rascó la nariz quemada por el sol y se encogió de hombros.

–No, nunca la había visto. Robby, necesito tres sacos de fertilizante. Ponlo en mi cuenta. Llevaré el camión a la parte de atrás para cargarlos –dijo ella y se dio media vuelta.

Él la sujetó del codo.

–¿Está segura? Me han dicho que la habían visto en un rodeo aquí.

–Todo el mundo de la ciudad va allí –respondió ella con cierto desprecio–. Yo estaba allí y no vi a nadie famoso.

La mujer se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.

–Que tenga suerte. Hasta luego, Robby.

Connor sintió la tensión en los hombros. Tenía los músculos doloridos. Estaba cansado y se sentía frustrado. Estaba empezando a pensarse la opción de entrevistar a Alan Greenspan.

Salió de la tienda y se dirigió hacia el aparcamiento. Allí, vio una camioneta que salía a toda prisa. Maxie, la mujer con la que acababa de hablar, iba conduciendo a gran velocidad. Por algún motivo, querría llevar el abono a casa cuanto antes.

Pero…..

De pronto, se dio cuenta de que Maxie no había dado la vuelta para cargar el fertilizante. Se había marchado de allí como alma que llevara el diablo.

Connor miró una vez más la foto de Glitter Baby.

Maxie era de la misma estatura que ella y, aunque la modelo era rubia, eso no quería decir nada. La mujer de la foto parecía más delgada, pero Maxie tenía la misma figura.

Connor recordó, de pronto, algo que le había llamado la atención: sus ojos. No eran marrones, ni de color miel.

Tenía los ojos de color violeta. Aquella era la marca característica de Glitter Baby. Connor había estudiado cientos de fotos y vídeos de la modelo. Conocía su mirada a la perfección, con aquel carácter sutil, intenso y familiar. Él tampoco era inmune a sus encantos. Una mirada de aquellos ojos hacía que todo el mundo comenzara a girar a su alrededor.

Maxie tenía aquellos mismos ojos.

–¡Cielo santo! –susurró y una sonrisa se dibujó en su rostro.

Lo importante era no dejarse llevar por el pánico.

No lo pudo evitar. Le entró el pánico.

Frances Maxie Calhoon paseó por el porche de arriba abajo. Su perro Boo, un enorme labrador que prefería dormir a cualquier tipo de ejercicio, paseaba con ella, tratando de ofrecerle su apoyo. Boo jamás había visto a su dueña en tal estado de agitación.

Maxie no se había sentido así desde hacía dos años. Había sido extremadamente divertido haber estado al límite durante ese tiempo, pero ya había acabado.

Su pequeño rancho en mitad de ninguna parte había sido su refugio, el lugar donde había conseguido la oportunidad de vivir por segunda vez.

Dos años atrás, pesaba cincuenta kilos, fumaba sin parar y dormía solo una o dos horas al día. Debilitada y con dolores de cabeza, su agente la envió a una serie de médicos que le prescribían tranquilizantes y antidepresivos. Su entrenador personal le recomendaba limpiezas de colon, aromaterapia y parches de nicotina. Sus amigos usaban su ropa, sus píldoras y estaban siempre junto a ella en la foto adecuada y oportuna. Poco a poco, empezó a darse cuenta de que Glitter Baby no era sino un producto lucrativo para otros.

Si quería sobrevivir, tendría que hacerlo sola.

En aquel entonces tendría veintidós años.

Por entonces, su madre, ya viuda, se había trasladado a Oakley, Wyoming, donde había abierto una tienda de antigüedades. Era la mejor oportunidad y el mejor lugar al que podía huir una supermodelo, para aprender a respirar y a dormir, y a tener ilusiones otra vez.

Se retiró sin decir nada, usó sus ahorros para poder cancelar su contrato y desapareció sin dejar rastro. Nunca había vuelto la vista atrás.

Hasta aquel mismo día.

No se había dado cuenta de que aquel extraño de la tienda era un conocido presentador hasta que no había hablado con él. Pero, en el momento en que se había dado cuenta, había sabido que iba persiguiendo a Glitter Baby. Ese hombre procedía de aquel mundo que tan bien conocía ella. Si podía beneficiarse de algún tipo de publicidad, lo haría.

Maxie se dio cuenta de que el pobre Boo estaba agotado de tanto ir detrás de ella, así que se detuvo.

El pobre perro no tenía ni idea de la tormenta que estaba a punto de caer. Lo único que lo preocupaba era que se había perdido

su siesta de la mañana y que su dueña se había vuelto repentinamente loca.

Maxie se sentó en el columpio del porche y acarició al perro.

–Ya está, cariño –le dijo–. Puedes dormirte y soñar con un montón de gatos a los que perseguir. Bien… así es, duérmete.

Boo era asmático, gordo y un vago incurable, pero era su único amigo verdadero. Juntos habían pasado por muchas cosas. Boo sabía escuchar, sobre todo si compartía sus espaguetis con él. Le daba lo mismo lo que hubiera sido o dejado de ser Maxie en su anterior vida.

Maxie no estaba dispuesta a perder todo lo que había ganado distanciándose de aquel mundo. Pero Connor Garret podía poner en peligro su estabilidad. Maxie no estaba segura de haberlo podido engañar con su aparente frialdad. Había algo en sus ojos, una intensidad que contrastaba con su aire juvenil de jugador de béisbol. A Maxie la desconcertaba.

De pronto, pensó en lo que ocurriría si realmente descubría que estaba allí. No quería enfrentarse a la opinión pública, a comentarios sobre su pelo o sobre cómo había engordado.

Cerró los ojos. Lo que otros pensaran sobre ella le era absolutamente indiferente. Maxie Calhoon estaba contenta consigo misma y no quería volver atrás.

Quizá, no tenía motivos para preocuparse. Posiblemente. Connor Garret no relacionaría jamás a Maxie Calhoon con Glitter Baby. Las dos mujeres no tenían nada en común.

Algún día recordaría aquel encuentro en la tienda y se reiría de su propia paranoia. ¡Sí, claro, y algún día a sus vacas les crecerían alas y volarían!

Lo que tenía que hacer era tranquilizarse.

Se metería en casa, se haría unos espaguetis y comería. Después, le quedaban muchas cosas aún por hacer. Tenía que fertilizar las plantas. ¡Pero no había recogido el abono!

Estupendo.

Para ser un hombre al que ni siquiera conocía, tenía que reconocer que se las había arreglado muy bien para estropearle el día.

Capítulo Dos

¿Sería la dirección equivocada?

Connor salió del coche y se quitó las gafas de sol. Miró a la casa desde la carretera. Parecía un poco «la casa de la pradera», con las ventanas llenas de flores y unos pinos altos al frente.

Detrás de la casa se veía un establo y un terreno de pasto fresco, donde los animales comían.

Era un lugar encantador, pero para nada el tipo de sitio en el que se habría imaginado a una mujer como Glitter Baby. Connor había hecho sus averiguaciones sobre el tipo de sitios en los que vivía. Había tenido varios apartamentos, tanto en América como fuera, pero nunca los había terminado de amueblar. Normalmente, nunca estaba en el mismo sitio durante más de una semana, por lo que su casa real eran los hoteles de cinco estrellas.

Quizás aquel era el tipo de casa que una modelo elegía para esconderse del mundo.

Robby le había dado aquella dirección, información que había conseguido a cambio de la foto de Glitter Baby. Después de todo, a Connor le daba igual, pues tenía un porfolio de doscientas fotos.

Volvió a meterse en el coche y condujo silenciosamente hasta la casa, tratando de no ser advertido.

La camioneta aparcada a la puerta le dijo que ella estaba en casa. No quería que lo echara o desapareciera antes de tener la oportunidad de hablar con ella.

Connor se sorprendió al sentir el corazón acelerado. Nunca había experimentado semejante emoción al contactar con ninguno de sus entrevistados.

A Connor no le gustaba aquella sensación. Ni siquiera sabía qué le iba a decir cuando la viera. No sabía cómo iba a reaccionar. No podía dejar de pensar que fuera lo que fuera lo que le depararan los próximos minutos, sería diferente a cualquier otra experiencia anterior.

En los pasados dos años, Maxie se había convertido en una auténtica fan de los atardeceres. Nunca se perdía uno si podía

evitarlo. Posiblemente, le ocurría porque, durante mucho tiempo, no había tenido ocasión de observar un atardecer, rodeada siempre de luces de neón y eléctricas, flases de fotógrafos, brillantes y cegadoras.

Donde estuviera un buen atardecer que se quitara todo. Viendo aquel espectáculo se daba cuenta de lo pequeña e inexistente que era y de lo poco que, realmente, había sabido el mundo de ella.

¿Cuánto tiempo tardaría la gente como Connor en darse cuenta de que Glitter Baby ya no existía? Su desvanecimiento era lo mejor que le había sucedido a Maxie Calhoon. Había dejado de ser aquella mujer neurótica que lloraba cuando se le rompía una uña o se pesaba tres veces al día.

La nueva mujer que era comía normalmente, dormía y trabajaba con las manos, la mente y el corazón. Aquel viaje para conocerse a sí misma estaba resultando francamente edificante. ¿Por qué tenía que aparecer un Connor que lo arruinara todo? ¿No tenía nada mejor que hacer que fastidiarle la vida a una pobre granjera?

De pronto, oyó unos pasos resonar sobre la gravilla. Se dio la vuelta y se dio cuenta de que lo tenía allí delante y que podía preguntárselo directamente.

Connor se dirigía hacia el corral, con las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros. Ya no llevaba la gorra y dejaba al descubierto un bonito pelo que se agitaba con la brisa. Tenía la cabeza ligeramente inclinada, como en un gesto interrogante.

Boo, ese maldito traidor, iba a su lado, como complacido con la compañía.

Maxie no sabía qué hacer, no tenía posibilidad alguna de esconderse, así que optó por recibirlo cordialmente.

–¡Vaya sorpresa! –dijo–. No esperaba volver a verlo. ¿Se ha perdido?

–Te puedes evitar lo del acento de campo –le sugirió Connor–. Se nota que es falso. Se te ha olvidado el fertilizante, «Maxie». Robby me dio tu dirección, así que pensé que podía traerlo.

–Qué buen samaritano –Maxie forzó una sonrisa–. ¿Qué le ha dado a Robby a cambio de mi dirección?

–Una foto… –dijo él–. Tuya.

Connor no sabía qué milagro o prodigio le permitía hablar en aquel momento, pues, a pesar de haber estado frente a muchas celebridades, aquello era diferente. Estaba ante Glitter Baby.

Aquellos dos años la habían cambiado. Llevaba el pelo largo, de color castaño, sin ningún corte de estilo como solía. Pero sus labios seguían siendo los mismos, gruesos y bien dibujados, inspiradores

de fantasías masculinas. ¿Cómo podía haber pasado desapercibida? ¿Es que todo el mundo estaba ciego en aquella ciudad?

Maxie lo trató con la frialdad de quien está habituado a que lo observen, mientras él la miraba de arriba a abajo.

–Su madre debería haberlo educado un poco mejor. ¿No sabe que no es correcto mirar así?

–Mi madre era la mujer de un político y pagaba a la gente para que la mirara. Le hacía sentir bien. Además, no creo que pueda preocuparte mucho, teniendo en cuenta que durante ocho años fuiste el foco de todas las miradas.

–No sé de qué demonios está hablando.

Connor sonrió.

–Lo sabes perfectamente.

–Creo que está confundido. ¿Cuántos años tiene? ¿Cuarenta y cinco o así? Es usted demasiado joven para empezar a estar senil.

–Tengo treinta y cuatro –le dijo Connor–. Y aún no he perdido ningún diente.

Maxie se encogió de hombros.

–Pues parece mucho más viejo en persona que en la televisión.

–¿Sabes quién soy? –preguntó él y se cruzó de brazos satisfecho–. Estoy impresionado. ¿Por qué no me dijiste algo cuando nos encontramos en la tienda.

–He dicho que lo conozco, no que sea una fan suya –dijo Maxie –. Gracias por traerme el fertilizante. Ahora, lo acompañaré al coche y le diré adiós.

–Algo me dice que no soy bien recibido aquí –Connor iba detrás de ella, que se había puesto en marcha hacia la casa–. Tenemos que hablar. ¿No puedes dedicarme un minuto? Te aseguro que puede valer la pena.

–Mi madre me dijo que no hablara con extraños.

–Me parece que ahora no soy yo el maleducado. Por favor, es solo un momento. ¿Me concederías un momento, por favor?

Ella se volvió y se lo encontró de rodillas. Boo estaba al lado de él, sentado, tratando de imitar la pose.

–¿Qué demonios está haciendo?

Él levantó la cabeza y señaló con el dedo la huerta.

–Acabo de ver un conejo.

–¿Y?

–Me ha parecido que tuviera las orejas rotas o algo así. Era la cosa más rara que he visto en mi vida. Se metió entre los repollos.

Maxie hizo un gesto de impaciencia.

–Ese es el aspecto normal de sus orejas. Es Harvey y vive aquí.

No sale mucho de su ciudad, ¿verdad?

Él se levantó completamente ruborizado.

–Ninguno de mis amigos cría conejos. Al verlo, pensé que estaba herido o algo así. ¿Se llama Harvey?

–Soy una fan absoluta de Jimmy Stewart.

–¿Y por qué no lo has llamado Jimmy?

–¿Nunca ha visto la obra Harvey, o la película? Jimmy Stewart tiene un conejo imaginario… –de pronto se dio cuenta de que le estaba dando conversación al enemigo–. Da igual. Estoy segura de que no le interesa nada que le hable de un conejo.

–No me importa. ¿Por qué no me llamas de tú?

–Yo trato a todo el mundo de avanzada edad con el respeto que se merecen, señor Garret. Será mejor que se vaya. Hace frío y me está entreteniendo. Tengo ganas de cenar.

Connor la siguió.

–Lo siento, pero… tengo un problema –dijo él.

–¿Qué problema?

Él señaló el coche que estaba aparcado allí. El deportivo amarillo lucía ridículo junto a la camioneta de ella.

Maxie se dio cuenta de que las llaves estaban puestas en el contacto, mientras que los seguros estaban bajados.

–¡No me lo puedo creer! ¿Qué tipo de idiota se deja las llaves dentro y cierra?

–Lo siento… –dijo Connor en un fingido tono de pena–. No querrás decir que me las he dejado dentro a propósito. Realmente, tienes un grave problema de ego si piensas que sería capaz de algo tan estúpido solo por conseguir una historia.

–¿Y el techo? Quizá se puede bajar.

Connor negó.

–Está roto. Ya tenía pensado quejarme a esa maldita compañía de alquiler. Me aseguraron que el coche estaba en perfectas condiciones.

–¡Vamos, ya está bien! –lo miró con ojos de querer asesinarlo–. Seguramente esto es todo un montaje para conseguir lo que quiere.

–No me voy a rebajar respondiendo a semejante acusación –Connor trató de abrir las dos puertas, pero estaban cerradas–. Se trata de un golpe de suerte.

–La suerte no tiene nada que ver con esto.

–Tengo que llamar a un cerrajero. ¿Te importa que use tu teléfono?

Maxie empezaba a sentir un fuerte dolor de cabeza, el primero en dos años.

–Le diré una cosa, señor Garret, aunque fuera esa maldita modelo que busca, que no lo soy, nunca consentiría hacer una entrevista con un oportunista reptil grasiento como usted.

–¿Grasiento? –podía admitir lo de «oportunista», podía admitir lo de «reptil», pero lo de grasiento era demasiado y atacaba directamente a su higiene personal–. Ese ha sido un golpe bajo, ¿sabes? Me estoy empezando a arrepentir de haber venido. Si tuviera las llaves del coche, me iría ahora mismo.

Maxie sintió no haber entrenado a Boo para que fuera un perro asesino. ¿Cómo se podía haber estropeado todo así en tan poco tiempo?

Las cosas se habían complicado en cuestión de horas. Aquella misma mañana, le habían concedido el crédito que necesitaba para poner en marcha su granja. Estaba optimista y feliz cuando entró en la tienda a comprar abono. Saber que tanto ella como sus vacas tendrían suficiente comida durante el invierno era un alivio.

De pronto, había aparecido Connor con aquella maldita foto y todo había empezado a derrumbarse.

–No me gusta usted, Garret –le dijo ella con el ceño fruncido.

–No me conoces –dijo Connor–. Creo que me estás prejuzgando.

–Créame, sé que no me gusta.

Él sonrió lentamente.

–¿Hacemos apuestas?

Connor llamó al cerrajero, pero tuvo que dejar un mensaje en el contestador porque no estaba.

Maxie lo miró indignada.

–¿Es culpa mía que solo haya un cerrajero en Oakley? Me llamará en cuanto le sea posible –miró a través de la ventana de la cocina y dijo–: Supongo que podría esperar fuera. Parece que va a empezar a llover. Eso sí, no quiero hacerte sentir incómoda. Puedo esperar en el columpio del porche. Con un poco de suerte, el cerrajero escuchará el mensaje antes de que haya muerto congelado. Te dejaré en paz, no quiero molestar…

Su patética actuación no tuvo ningún efecto sobre ella. Lo empujó hasta la puerta principal, agarró una manta que había sobre el sofá y se la dio.

–Así no se congelará de frío –le dijo.

La expresión jocosa que Connor tenía en el rostro se evaporó de inmediato.

–¿De verdad que esperas que me quede fuera?

–Ha sido idea suya, Garret –respondió ella–. Encenderé la luz del porche para que no tenga miedo de los conejos mutantes. Adiós.

–Espera un mi…

Cerro la puerta sin piedad y sin que su protesta le diera ningún cargo de conciencia. Con una sonrisa malévola, encendió la luz del porche, tal y como había prometido.

Volvió a la cocina, agarró una manzana y la mordió. Sacó de la nevera un poco de pollo asado y lo metió en el microondas.

Se llevó la cena al salón y encendió la televisión. Le encantaba la programación de los viernes. Había un programa que se llamaba Un día en la vida de un veterinario. Era muy educativo.

Después de un rato de escuchar las explicaciones del especialista, se dignó a mirar hacia fuera. Lo vio por la ventana. Tenía un intencionado aspecto patético, envuelto en aquella manta.

De pronto, Maxie oyó las primeras gotas de lluvia. ¡Maldición! No podía dejar a aquel hombre allí, bajo la lluvia. Ya le costaba bastante dejar a la pobres vacas.

Le hizo un gesto de que entrara. Él saltó a toda prisa del columpio, como si fuera un niño travieso que hubiera estado castigado y entró.

Al abrir la puerta, una ráfaga helada de viento y lluvia entró en el salón.

–¡Parece que hubiera un huracán ahí afuera! –dijo con los labios morados–. Supongo que estarás contenta.

–No, claro que no lo estoy –respondió Maxie–. Odio ver sufrir a los animales.

Farfullando su protesta entre dientes le dejó sitio en el sofá.

–Si quiere, puede sentarse. Le traeré una taza de café.

Connor se dejó caer entre los mullidos cojines del sofá.

–Has comido pollo –afirmó él.

–¿Te dedicas a la investigación privada?

–Me encanta el pollo.

–Me lo he comido todo.

–Claro, como no –murmuró él.

Maxie lo miró.

–¿Qué quiere decir con eso?

–Nada. Nada en absoluto. No te preocupes por darme algo de comer, puedo permitirme el perder unos cuantos kilos.

Ella respiró profundamente.

–Le encanta hacerse el mártir, ¿verdad? ¿Cómo puede ser que un alma tan delicada como la suya pudiera dedicarse al fútbol profesional?

Su mirada resplandeció.

–¡Me has visto jugar!

–Nunca. Pero oí que antes de ser reportero era futbolista.

–La verdad es que no jugué mucho –admitió él–. Enseguida me lesioné la rodilla y…

–Bueno, quiere comer algo o no. Si está realmente hambriento, le prepararé… algo.

Él sonrió levemente.

–Antes de irte, ¿te importaría taparme con la manta? Todavía estoy helado.

–Sí, por supuesto. Le quitó la manta de entre las manos y se la puso encima–. Ya está, señor Garret, todo cobijadito y a gusto. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted? ¿Quiere una botella de agua caliente? ¿Una bufanda? ¿Unos guantes?

–No tendrás un poco de brandy, ¿verdad?

–¿Brandy? Pero si apenas tengo para comprar la paja a mis vacas.

–No te pongas así conmigo –dijo él–. Supongo que lo que te ocurre es que estás cansada. Cuando duermas tendrás mejor carácter.

–Siento decirle que esto es lo mejor de mí.

–Es suficientemente bueno –murmuró él.

Ella se dio la vuelta y se dirigió hacia la cocina. Él siguió con la mirada el sensual movimiento de sus caderas, imaginándosela con uno de esos vestidos que empiezan demasiado abajo y acaban demasiado arriba.

De pronto, aquel hombre que había estado una hora bajo un frío helador, estaba a punto de sofocarse de «calor».

Capítulo Tres

Mientras ella estaba en la cocina, él aprovechó la oportunidad para husmear por la casa. Aparte de una fotografía encima de la repisa de la chimenea, no había ningún objeto personal, y nada que remitiera a la antigua vida de Maxie.

La fotografía, ligeramente amarilla, era de un novio y una novia, delante de una pequeña iglesia.

El novio parecía realmente incómodo y acartonado, mientras que la novia sonreía complacida a su nuevo esposo. Como Maxie, tenía un rostro muy hermoso, de pómulos pronunciados y boca generosa. Madre e hija eran iguales.

–¿Qué está haciendo? –preguntó Maxie.

Connor se volvió rápidamente y no pudo evitar ruborizarse.

–Nada –respondió con demasiada prisa.

–Está husmeando en mis cosas.

–No digas tonterías. ¿Para qué pones una foto sobre la chimenea si no quieres que nadie la mire?

Maxie dejó la bandeja de golpe sobre la mesa.

–La he puesto ahí para verla yo, nadie más.

–Son tu padre y tu madre, ¿verdad? –dijo Connor–. Tu madre era una mujer muy hermosa.

–Mi madre sigue siendo una mujer muy hermosa. Pero eso no es asunto suyo.

–¿Es así como tratas a todas las visitas? No es un modo muy hospitalario.

–Nunca he tenido… –se detuvo de golpe.

Connor la miró con incredulidad.

–¿Nunca has tenido visitas? Eso es difícil de admitir. Glitter Baby no tenía precisamente fama de ser una solitaria. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

Maxie cerró los ojos y contó hasta tres. Intentaba llegar hasta diez, pero perdió los nervios.

–El tiempo que yo lleve aquí no es asunto suyo, yo no soy asunto suyo y mis fotos tampoco. Y ahora, cómase estos malditos espaguetis antes de que le tire el plato a la cara.

–¡Increíble! Realmente, me has preparado todo un plato de

espaguetis de sobre. Si pienso en ti en la cocina, con una sartén delante, la imaginación se dispara.

–Sí, supongo que ese es un requisito indispensable para su trabajo.

–¿Qué quieres decir con ese comentario despectivo?

–Usted no se basa en hechos, sino que se «imagina» historias para captar el interés de la audiencia.

Connor se encogió de hombros.

–Si tú lo dices. Me da la sensación de que estás a la defensiva. Ahora entiendo por qué nunca tienes visitas. ¿Tienes pimienta?

–¿Para qué demonios quiere pimienta? –Maxie se levantó indignada–. Bueno, da igual. Ahora vuelvo.

En el momento en que ella desapareció, le puso el plato a Boo para que se lo comiera todo. Se lo quitó antes de que ella entrara.

–Al final, me los he comido sin pimienta. Estaban deliciosos…

–¡Vamos, ahórrese la mentira! –lo interrumpió Maxie con impaciencia–. Boo tiene el hocico lleno de espaguetis. Me debía haber imaginado que era un cursi comiendo en el momento en que he visto sus pantalones vaqueros.

–¿Mis vaqueros? ¿Qué tienen de malo?

–Están planchados. Nadie plancha los vaqueros.

–Yo no plancho mis vaqueros –dijo Connor, obviando que era su asistenta la que lo hacía.

Maxi arrugó la nariz.

–Seguro que almidona la ropa interior.

–¡Claro que no almidono mi ropa interior! ¿Por quién me has tomado? Además, se supone que soy yo el que hace las preguntas, no tú.

–Puede preguntar lo que quiera, yo no pienso responder a nada.

Se miraron durante unos segundos en silencio, desafiantes. De pronto, Connor decidió jugárselo todo a una carta.

–Un cuarto de millón de dólares si me dejas grabar una pequeña entrevista. No sé cuánto cuesta la paja, pero supongo que eso cubrirá unos cuantos kilos.

Maxie decidió no dejarse impresionar.

–No, gracias. Prefiero hipotecar mi tierra antes que vender mi alma. Además, ¿por qué quiere entrevistar a una oscura granjera? Todo el mundo se reiría de usted.

Esta vez fue Connor el que tuvo que contar hasta diez.

–Sé quién eres y tú también. ¿Por qué sigues jugando a este estúpido juego?

–Tiene razón, es un juego estúpido y no quiero jugar más. Voy

por una chaqueta. Lo llevaré a la ciudad. Puede organizar el que alguien venga a recoger su coche mañana. Ya no hay nada más que discutir.

Maxie dejó la habitación en un arrebato de ira. Él la siguió con la mirada. Luego, se dirigió al armario de la entrada, donde estaban los abrigos y sacó una percha de metal. Salió y abrió la puerta de su coche en menos de dos minutos. Entró de nuevo en la casa al mismo tiempo que ella.

–¿Adónde ha ido? –preguntó ella con tono de sospecha.

–Se me ocurrió que podía intentar abrir la puerta con esto. Ha funcionado. Es increíble, ¿verdad? Además, ha dejado de llover. Creo que mi suerte ha cambiado.

–Me alegro por usted. Pero, ¿por qué no intentó abrir esa maldita puerta antes?

–Porque no quería –dijo él con una sonrisa.

En cuestión de segundos, la atmósfera de la habitación había cambiado. Lo impersonal se había convertido de repente en algo muy personal. Maxie tenía problemas para respirar. Miraba a aquel hombre, con cara de muchacho travieso, con el pelo rubio cayéndole sobre la frente y los vaqueros ajustados a la altura de la cadera. Un pensamiento sensual la asaltó por sorpresa.

–Quiero que se vaya ahora mismo –dijo ella.

Connor asintió.

–Vas a convertir esto en una batalla, ¿verdad?

–No. Voy a hacer de esto algo imposible para ti. No quiero ninguna entrevista, ni ahora, ni nunca.

–No me estaba refiriendo a la entrevista –le tocó la punta de la nariz con el dedo–. Eres encantadora, tienes mal carácter, pero eres encantadora.

Maxie abrió la boca para decir algo, pero la cerró otra vez.

–Estoy en el motel Oakley. Me quedaré allí durante un par de días. Si cambias de opinión respecto a lo de la entrevista, me llamas…

–No lo haré.

–Toma –se aproximó a ella y Maxie retrocedió–. Solo quería darte la percha. Te la dejaré en el sofá, ¿vale?

–Vete.

Connor se dirigió hacia la puerta y se detuvo antes de salir.

–Eres Glitter Baby, ¿verdad? –le preguntó sin volverse hacia ella.

Maxie tuvo que contener las lágrimas. No importaba lo lejos que se marchara. Su otro ego la seguiría siempre. Nunca la valorarían por sus propios méritos. Lo único que importaba era Glitter Baby.

–No soy nadie especial –dijo ella con la voz quebrada.

Connor dudó un segundo y, al final, salió, cerrando la puerta detrás de él.

Connor llamó a Morris en cuanto estuvo en el motel.

–La he encontrado –le dijo sin preámbulo.

–¿Tienes idea de la hora que es? ¿Qué has dicho?

–Que la he encontrado.

–Espero no estar soñando –dijo Morris.

–No te hagas ilusiones aún. No está dispuesta a tener una entrevista.

–¿Qué quieres decir?

–Me llamó «oportunista» y «grasiento».

–¿Grasiento? Eso sí que es un golpe bajo. ¿Y el dinero que le ofreciste no le interesó?

–No, lo cual me sorprendió, porque está muy claro que lo necesita. Dijo algo de hipotecar la casa.

–Maldita sea. Debe de haber algo más que podamos hacer.

–Lo intentaré otra vez mañana, pero lo veo realmente difícil.

–¿Cómo es? –preguntó Morris curioso–. ¿Es como en las fotos?

–Es realmente alucinante. Ninguna foto le hace justicia.

–¡Qué suerte tienes! ¡Lo que daría yo por pasar una noche con ella!

–Es tarde –le dijo Connor abruptamente. Por algún motivo, no quería oír sus fantasías sexuales con Maxie Calhoon–. Intentaré conquistármela mañana, y veremos qué pasa.

–¿Intentarás conquistártela? ¿Lo dices en serio?

–Me refiero a que trataré de ganármela, nada más. No me extraña que la mujer desapareciera. Seguramente trataba de librarse de hombres como tú. Te llamaré mañana.

Connor puso sobre la cama unas cuantas fotografías sin razón aparente y las estudió con detenimiento. Ningún hombre de verdad podía aclamar ser inmune al magnetismo de aquella mujer. Pero, de pronto, Connor estaba viendo a alguien más: alguien frágil, real, con sus miedos. La imagen era aún más atrayente. Había oído su suave voz, y cómo se quebraba cuando algo la emocionaba. Había visto el movimiento de sus caderas al andar y cómo los ojos de color violeta se transformaban en un azul oscuro cuando se enfadaba. Sabía que no era solo una cara bonita y un cuerpo elegante. Era una dama que podía vestirse con vaqueros y parecer un ángel. No buscaba la admiración ni la aprobación de nadie. Le

gustaban los espaguetis de sobre y adoraba a los animales. Era independiente y quería seguir siéndolo. Además, conducía una camioneta. ¡No conocía ninguna otra mujer que condujera una camioneta!

Cuanto más sabía de ella, más lo intrigaba. ¿Qué sería lo que le había hecho rechazar un mundo de gloria y una ascendente carrera? Todavía más fascinante era el tipo de vida que se había creado para sí misma. Sin duda, tenía problemas económicos, pero no estaba dispuesta a ceder para quitarse ese peso.

Connor se preguntó si habría tenido alguna vez el valor de hacer las cosas solo. Aunque había tenido que dejar el fútbol, su padrino había estado allí para conseguirle un bonito trabajo con un estupendo cheque mensual.

La verdad era que, desde el día en que nació, Connor había sido malcriado. Hijo único, había tenido siempre todo cuanto quería. No recordaba ningún momento en su vida en que hubiera deseado algo que no hubiera tenido, menos aún, haber trabajado por ello.

Connor sacudió la cabeza, perturbado por el tipo de pensamientos que lo estaban asaltando. ¿Qué le pasaba? El que la vida le hubiera resultado fácil no significaba que careciera de sentido. Había hecho alguna que otra cosa importante, como entrevistar a un premio Nobel que había logrado clonar una oveja. Eso tenía que ser importante. También había logrado destapar a una iglesia evangelista que no tenía buenas intenciones. Eso era un servicio público.

¿Por qué de pronto se sentía tan inadecuado? ¿Qué había en Maxie Calhoon que lo hacía dudar de sus propios valores?

Miró una vez más las fotografías que tenía sobre la cama. Era una mujer realmente atractiva. Y, sin embargo, lo que realmente lo había cautivado eran aquellos pequeños detalles: las pecas que el sol había provocado en su nariz, la huerta con aquel conejo desorejado… Había ido hasta allí para buscar a un fenómeno llamado Glitter Baby y se había encontrado con un alma de verdad llamada Maxie Calhoon.

Morris tenía razón. Era realmente afortunado de haberla conocido.

A la mañana siguiente, Maxie recorrió la casa en pijama, como si perteneciera a un comando de guerra. Iba mirando por cada ventana. No había nadie.

Pero si una persona había podido encontrarla, muchas otras

podrían, eso sin mencionar que Connor Garret podía volver en cualquier momento.

Durante la noche, había tenido sueños e imágenes sobre tiempos pasados, sobre fotógrafos que la perseguían, y fans que la acuciaban.

Pero su vida había cambiado y era otra cosa. Necesitaba dar de comer al ganado y a Boo. Tenía que limpiar los platos que estaban en el fregadero.

A mediodía, debía ir al banco a firmar los papeles del crédito. No podía dejar que un hecho concreto y superficial la distrajera.

Se puso manos a la obra e hizo todo lo que tenía que hacer.

Aquello hizo que se sintiera mucho más optimista y feliz. La vida era estupenda.

Se vistió con un pantalón caqui y un jersey. Se peinó con una coleta atrás y sonrió al pensar lo que sus llamados amigos habrían dicho de ella de haberla visto así.

Se dirigió al banco, un pequeño establecimiento, como todo en la ciudad.

Al entrar, saludó animadamente.

–Estoy aquí para firmar lo que me dará la vida, señor Beasley –dijo feliz–. Deme un boli y apártese.

El señor Beasley no sonrió. Le indicó a Maxie que se sentara.

–Hay un problema –dijo él–. Como ya le dije, siempre hacemos una comprobación final. Resulta que han hecho una retención a cargo de su propiedad por diez mil dólares.

Maxie lo miró sorprendida.

–¿De qué está hablando? No tengo ninguna deuda. Ni siquiera tengo tarjeta de crédito.

El señor Beasley miró una lista.

–La retención ha sido hecha por A&E Managment. Eso es todo lo que yo sé.

Aquella había sido la primera agencia con la que había trabajado. Tras descubrir que se llevaban el doble de la suma pactada, Maxie les había propuesto no denunciarlos si la liberaban del contrato. No había oído nada de ellos hasta entonces.

Sabía que si Connor Garret la había encontrado, muchos otros podrían.

–Me estoy poniendo enferma –dijo ella.

El señor Beasley la miró alarmado.

–El servicio está al final del pasillo.

–Señor Beasley, todo aquello por lo que he trabajado en los últimos años se está desmoronando.

–Tengo las manos atadas. Lo más que he podido hacer ha sido llamar a A&E para intentar ver cuál es el problema. Me han dicho que cualquier cosa tenía que hablarla con su abogado. Quizás debería contratar a un abogado.

–Si tuviera dinero para un abogado, no tendría que pedir un crédito.

–De verdad que lo siento, pero no hay nada que yo pueda hacer. Quizás alguien pueda echarle una mano.

–Solo tengo a mi madre, y no está en situación de prestarme nada –Maxie se levantó, con los ojos llenos de lágrimas.

Una vez fuera, Maxie se quedó indecisa, sin saber adónde ir, preguntándose qué había sucedido con su maravilloso día.

El sol seguía brillando con intensidad y el jersey de cachemir de Calvin Klein que se había puesto picaba, a pesar de que su diseñador lo hubiera negado todo. Maxie maldijo a Calvin Klein, Connor Garret y A&E Managment… y al señor Beasley también.

Caminó por la calle principal, con las manos en los bolsillos y la cabeza baja. Pasó de largo la tienda de su madre. No podía pedirle dinero cuando ella apenas si tenía para sí.

Sin el crédito, estaba muerta. Su granja no empezaría a darle beneficios hasta el año siguiente. Todos sus sueños se desvanecían, todo aquello por lo que había luchado de verdad.

Se detuvo en «La esquina de Drug», lugar conocido por su vieja fuente de soda y el helado casero. Maxi era una devota creyente del poder mágico del azúcar para combatir la depresión, así es que entró y se pidió un gigantesco «banana split». Si iba a estar abatida, al menos lo haría con el estómago lleno.

–¿Quién está cuidando de la vacas? –dijo una voz masculina detrás de ella.

Maxie juró entre dientes y se volvió hacia la voz del extraño que, como había imaginado, era Connor Garret.

–No quiero que usted también forme parte de este nefasto día.

–No siempre se consigue lo que uno quiere. Eso es algo que aprendí ayer –se encogió de hombros. Estaba muy guapo, con una camiseta de golf blanca que contrastaba con su piel tostada. Llevaba de nuevo unos vaqueros perfectamente planchados y unos deportivos negros, absolutamente impecables, por supuesto.

–¿Usted nunca se ensucia? –le pregunto Maxie, irritada por lo impoluto que iba.

Connor recapacitó sobre la pregunta durante diez segundos.

–Sí, una vez, cuando era muy joven. No me gustó.

–Es usted muy extraño –Maxi hizo un gesto de desagrado y se

dio la vuelta.

Él se sentó en el asiento de al lado y pidió una bebida light.

–Me gusta cuidar mi figura –dijo él–. Supongo que recuerdas cómo se hacía eso.

–¿Está diciéndome que me encuentra gorda?

–No, claro que no.

Maxi le puso el dedo en el pecho en un gesto amenazante.

–Porque le aseguro que, si es así, me importa un rábano.

–No, claro que no te estoy llamando gorda –la miró divertido por su reacción–. ¿Cómo puede alguien ser tan increíblemente hermoso y estar tan totalmente perdido al mismo tiempo? No se me ocurriría decir que estás gorda. Tienes buen apetito, eso es todo. Además, como bien has dicho, «te importa un rábano».

–Me da igual lo que piense la gente. Además, el azúcar está recomendada para la depresión.

–¿Quién ha dicho eso?

–Yo –Maxie aprovechó y pidió un batido de fresa.

Connor asintió, como si lo que acabara de decir fuera completamente razonable.

–¿Y por qué estás deprimida, si no te importa decírmelo?

–Sí me importa decírselo. Es usted un completo extraño.

–Yo tampoco diría que soy tan completo, pero tienes derecho a opinar lo que te parezca –Connor sonrió–. ¡Claro, ya sé por qué estás así hoy! Estás triste porque tengo que regresar a Los Angeles.

–¡Y encima es un comediante! –Maxie resopló impaciente–. Mire, no soy muy buena compañía ahora mismo. Si no le importa…

–Tiene gracia pero, aunque anoche tampoco eras buena compañía, no recuerdo un momento en que me lo haya pasado mejor.

Maxi lo miró incrédula.

–¿Pretende hacerme creer que su vida es aburrida?

–Predecible, lo que, posiblemente, es lo mismo.

–Pues haga algo impredecible de vez en cuando. Problema resuelto.

Ella se dio la vuelta y se sumergió en el deleite de su batido.

Molesto porque había dirigido su atención hacia el plato y lo había olvidado a él, se levantó y agarró una pajita de la barra, la sopló y le dio con el papel directamente en la oreja.

Ella se sobresaltó y lo miró.

Connor sonrió.

–Me has dicho que haga algo impredecible.

–No a mí –protestó ella–. Váyase a hacer algo impredecible a

otra persona. Yo estoy en crisis.

–No me extraña, tienes bigote –dijo él y le quitó la espuma del batido del labio superior.

Aquel gesto le causó una curiosa sensación, un sentimiento cálido y reconfortante completamente desconocido. Tardó unos segundos en ponerle nombre, pero al fin lo consiguió.

Ternura.

La había tomado completamente por sorpresa, y la había desubicado absolutamente. La sonrisa de Connor se desvaneció por completo y su mirada se perdió en la de Maxie.

Maxie señaló la mancha que le había dejado sobre la camisa al limpiarle el labio.

–Le he dejado mi marca –dijo ella.

–Lo sé –respondió Connor–. Lo sé desde hace un tiempo, pero no hay nada que pueda hacer al respecto.

Maxie bajó los párpados, tratando de ocultar su desconcierto. Connor había mostrado una parte de él que la había desconcertado, una vulnerabilidad que la asustaba mucho más que su despliegue de prepotencia.

Era una suerte que ser marchara al día siguiente.

–¿Para qué ha venido?

–¿Para qué he venido? –se quedó pensativo un momento–. Pues… para comprar maquinillas de afeitar, eso es… Encontrarme contigo ha sido un regalo divino. ¿Por qué no me cuentas qué te ocurre?

–Es personal.

–Personal o no, soy un tipo que sabe escuchar.

Maxie se encogió de hombros.

–Se supone que iba a firmar los papeles de un crédito hoy, pero no lo he conseguido. Hay ciertos impedimentos. Ya se me ocurrirá algo para solucionarlo.

–Siento que las cosas no hayan ido bien –Connor no quiso forzarla a que se explicara–. Quizá te ayudara a relajarte salir conmigo a cenar esta noche.

–Lo siento, pero dudo que cenar con usted sea una buena idea. Creo que sería como lanzarme de cabeza a la cazuela de aceite hirviendo –la verdad era que no había tenido ni una sola cita en dos años y la oferta resultaba tentadora. Pero sabía qué motivos tenía Connor para llevarla a cenar.

–¿Aunque prometa que no voy a hacer preguntas?

–No cumpliría su promesa. Su trabajo consiste en diseccionar a la gente. Luego les pone un alfiler en la tripa y los cuelga en su

vitrina, como si se tratara de una colección de mariposas.

Indignado, Connor abrió la boca para responder, pero se dio cuenta de que tenía razón: diseccionaba a la gente. La verdad era que, dicho de ese modo, no le parecía una profesión precisamente admirable.

–No pienso dedicarme a esto toda la vida. He estado pensando en escribir algo. Pero supongo que eso es lo que todos querríamos: escribir una gran novela.

–¿Cuándo decidió eso?

–Llevo algún tiempo pensándolo. Últimamente, he descubierto que me gusta la investigación. Quizá podría escribir una biografía. Pero no es más que una idea.

–Es una buena idea –dijo Maxie y sonrió por primera vez–. Así podrá demostrarle al mundo que es algo más que una cara guapa.

–¡Ahora sí que me siento mejor! ¿Piensas que soy guapo?

–Lo es –respondió Maxie–. Tiene las pestañas más largas que he visto en toda mi vida. Se diría que lleva rímel.

–No sigas.

–Y esa camiseta de golf resalta la musculatura de su tórax….

–Ya está….

–¿No le gustan los cumplidos?

–Me gusta más darlos que recibirlos. A pesar de todo, si cenas conmigo esta noche te dejaré que me digas todos los piropos que te parezcan oportunos. Puede que incluso me ponga una camiseta más ajustada.

–La propuesta es tentadora, Connor, pero no puedo. Es demasiado complicado –estaba surgiendo entre ellos una extraña e inoportuna amistad. No podía permitirse algo así.

Connor sonrió.

–¿Es definitivo?

–Lo es –Maxie se levantó y él le tocó el brazo para detenerla.

–Estaré aquí hasta mañana. Si cambias de opinión…

–Adiós, Connor.

–¡Espera! –tenía la sensación de que en el momento en que saliera por la puerta, no volvería a verla jamás–. Tengo una última pregunta.

Ella lo miró con un gesto de desazón.

–Era de suponer.

–Bueno… Supongamos que eres esa mujer que un día se llamó Glitter Baby. ¿Cómo es que si tu nombre era Francis Calhoon, ahora te llamas Maxie?

–Supongamos que soy esa mujer, lo que es mucho suponer.

Piense que, tal vez, tenía un segundo nombre –lo miró con una sonrisa serena–. Pero es solo una suposición.

Connor la miró mientras se alejaba. Así que Maxie era su segundo nombre, así de simple.

–¿Señor? ¿Quiere algo más? –le preguntó la camarera.

Connor la miró y sonrió desganado.

–No –le dijo–. Nada que pueda tener.

Connor llamó a Morris en el momento en que regresó a su habitación de hotel.

–¿Cómo puede ser que no supiéramos que su nombre era Maxie?

–No lo sé. ¿De la respuesta depende mi cheque de final de mes?

–Además, está en el listín telefónico con el nombre de Maxie Calhoon.

Se hizo un silencio. Luego Morris continuó preguntando.

–Sí, deberíamos haber sabido eso. ¿Cómo te has enterado?

–Ella misma me lo ha dicho –respondió Connor–. Parece el único modo de conseguir información fiable.

Morris carraspeó.

–Eso no es jugar limpio. Claro que tampoco lo hacemos nosotros.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Nada… solo me refiero a la naturaleza de nuestro trabajo.

–Lo que sea. Le he dado hasta mañana por si cambia de opinión, pero sé que no va a ocurrir.

–Nunca digas nunca jamás. Los milagros existen. Además, ya he hablado con Alan Greenspan por si acaso y creo que podríamos llegar a un acuerdo. Si lo de Glitter Baby no sale, estamos cubiertos. Seguimos adelante y se acabó.

Sam miró a la mesa sobre la que había varias fotos de Maxie. Ninguna de aquellas imágenes le hacía justicia, ninguna lograba captar la esencia de aquella mujer. Ella había penetrado dentro de él, hasta sus entrañas; era como una droga poderosa, que calentaba su sangre, que despertaba en él una necesidad desconocida y desconcertante.

–No puedo –dijo suavemente–. No puedo.

Capítulo Cuatro

Maxie caminó calle abajo en dirección a la tienda de su madre.

Al llegar, abrió la puerta y un escandaloso sonido la sorprendió.

–¿Qué demonios…?

–Maxie, ¿eres tú? Lo siento, cariño –Natalie salió de la parte trasera, con el pelo recogido con un pañuelo. Tenía la barbilla manchada, como de costumbre, y las manos llenas de pintura verde–. Ralph Henley me ha puesto esa cosa horrible en la puerta esta mañana. Dice que todos los tenderos deberíamos tenerlo por seguridad. Tengo intenciones de romperlo accidentalmente esta misma noche.

–¡Tú y tus novios! –le dijo Maxie con sorna y abrazó a su madre. Todos los viudos y solteros maduros de Oakley se habían rendido a sus pies desde el día en que había llegado allí.

–Ralph no es mi novio –dijo Natalie–. No es más que un buen tipo que inventa cosas horrorosas. Cariño, ráscame la nariz, que tengo las manos llenas de pintura.

–¿En qué estás trabajando?

–¡He tenido una suerte increíble hoy! Me he encontrado un tocador y lo estoy restaurando. Me está quedando precioso. Ven, que te lo voy a enseñar.

–La verdad es que tenemos que hablar –Maxie resopló resignada. No le gustaba darle malas noticias a su madre–. Ayer tuve una desagradable sorpresa y he venido a ver si tú me puedes aconsejar.

Natalie observó a su hija un momento.

–Espera aquí. Voy a lavarme las manos y enseguida vuelvo.

Maxie dio una vuelta por la tienda de su madre. Era un lugar mágico, lleno de cosas antiguas. Durante veinte años, Natalie había sido la introvertida esposa de un granjero, sin posibilidades de realizar sus sueños. En el momento en que se quedó viuda, había empezado a vivir. Como Maxie, Natalie también se había convertido en una superviviente.

–He traído un refresco –Natalie llevaba una lata para cada una–. Ven, siéntate y cuéntamelo todo.

Treinta minutos después ya todo estaba dicho. Natalie se quedó pensativa y luego rompió el silencio.

–Si quieres mi honesta opinión, te la daré.

–Sí, claro que la quiero.

–Considero que esa entrevista con Connor Garret sería algo bueno. Con el dinero que te está ofreciendo, pondrías la granja en marcha y pagarías esa deuda.

Maxie la miró perpleja.

–¿Después de todo lo que he hecho para empezar una nueva vida, quieres que resucite a Glitter Baby?

–Glitter Baby ya no puede hacerte ningún daño –dijo Natalie con total calma–. Hubo un momento en el que necesitaste el anonimato para conseguir alejarte de aquel mundo. Eso ya está hecho. Ya eres mucho más fuerte. Te gusta tu nueva vida y ni Connor Garret ni nadie puede quitarte eso.

–Me cuesta creerlo –murmuró Maxie. No se le había ocurrido pensar que en algún momento podría llegar a reconciliar su pasado con su futuro–. ¿De verdad piensas que debo de ir a la entrevista?

–¿Por qué no? –dijo Natalie–. Muéstrale al mundo que Maxie Calhoon no solo ha sobrevivido, sino que es mucho más feliz.

–Pero, después de eso, mi casa se llenará de fotógrafos y reporteros.

Natalie se encogió de hombros.

–Sí, pero será durante muy poco tiempo. Criar vacas no es algo que atraiga al público. Te has convertido en un ser… «vulgar y corriente».

Maxie sonrió y la sonrisa se convirtió en una carcajada.

–¡Dios santo! Tienes toda la razón. Soy un ser «vulgar y corriente». ¡Es maravilloso!

Entre risas, Natalie abrazó a su hija.

–Pobre Connor Garret. No sabe dónde se ha metido.

Aquello, sin duda, era el lejano Oeste.

Abrió las puertas del bar y vio dos cosas. Una, que Maxie Calhoon no había llegado. La otra, que era el único que no llevaba un sombrero vaquero.

Maldijo el momento en que había decidido ponerse una camisa de color salmón. Ese atuendo estaba bien para un restaurante japonés en Los Ángeles, pero no para un lugar en el que todos los hombres vestían como Clint Eastwood.

Se sentó en un rincón apartado y pidió un whisky, en lugar de su martini de siempre. No bebía nunca whisky, pero John Wayne siempre lo bebía.

La primera vez que se llevó el vaso a los labios no pudo contener el gesto de repugnancia. No dejó de beber, a pesar de todo, hasta que el calor que le producía el líquido comenzó a resultarle agradable. Se fue relajando. Había estado en tensión desde el momento en que Maxie lo había llamado.

Al preguntarle el motivo de su llamada ella solo había respondido:

–No voy a seducirte, si es eso lo que me preguntas.

Connor no sabía qué le estaba pasando. Se sentía fuera de su elemento, sin saber qué esperaba. Podía manejar a políticos, actores, escritores, estrellas del rock, pero Maxie era otra cosa.

Connor se volvió al oír la puerta. Allí estaba Maxie, de pie, iluminada por el neón de la puerta. No iba vestida de granjera, no se había recogido el pelo, ni se había puesto botas. Llevaba unos vaqueros negros, ajustados, y un jersey turquesa que destacaba cada curva de su cuerpo. Se había dejado el pelo suelto y le caía sobre los hombros.

Connor sintió que la garganta se le secaba y el corazón se le aceleraba. Le dio un último trago a su whisky y pensó: «Tengo graves problemas con esta mujer».

Ella alzó la mano y la agitó al verlo al otro extremo del bar. Atravesó la sala esquivando las mesas y las sillas. Connor se dio cuenta de que todos los vaqueros del lugar miraban a la encantadora criatura. Se sintió satisfecho de que se estuviera dirigiendo hacia él.

–Ni siquiera te has dado cuenta, ¿verdad?

–¿De qué?

Maxi agarró una silla y se sentó a su lado.

–Todas las miradas están dirigidas a ti, y tú ni siquiera parpadeas.

–Eso son viejas heridas de guerra adquiridas después de haber desfilado por demasiadas pasarelas. Lo que aprendes es a no pensar en nada más que en ir del punto A al punto B sin tropezar.

–Así es que por fin lo admites –murmuró Connor–. Encantado de conocerla, señora mía. Yo soy Connor Garret, ¿y usted?

Ella dudó un momento pero, por fin, le dio la mano.

–Frances Maxie Calhoon –respondió–. Pero puedes llamarme Maxie.

Él sintió un placer especial al ver que había bajado todas las barreras.

–¿Y a qué te dedicas ahora, Maxie?

Ella sonrió.

–A las vacas. Las ordeño.

–¡Qué creativo! ¿Y te gusta?

–Sí, mucho –respondió ella y miró la mano que él todavía tenía entre las suyas–. ¿Connor?

–¿Sí?

–Mi mano. Me podrías devolver mi mano.

Él carraspeó y la soltó.

–Lo siento. No todos los días conoce uno a una granjera –eso era absolutamente cierto.

Connor estaba perdido en las sensaciones que llenaban el espacio, perdido en sus curvas, en sus largas pestañas y en sus ojos de color violeta.

El camarero se plantó directamente delante de Maxie.

La miró fijamente durante unos segundos antes de poder preguntarle lo que quería con voz temblorosa.

–Una piña colada –respondió ella, pero el camarero permaneció inmóvil en su sitio–. ¿Hay algún problema?

–Todavía no lo hay –intervino Connor, en un tono de voz que trataba de ocultar su indignación–. Pero lo va a ver si este tipo no se larga ahora mismo a buscar tu piña colada.

El camarero parpadeó y volvió en sí. Por fin, se dio la vuelta y se fue a buscar lo que le habían pedido.

–¿Qué demonios te ocurre, Connor? Ese no ha sido un trato muy cordial.

Connor se encogió de hombros.

–Teniendo en cuenta lo que realmente querría haberle hecho, te aseguro que he sido extremadamente amable.

A Maxie la sorprendió aquella reacción. Connor no era lo que parecía.

–No eres para nada lo que aparentas ser –dijo ella.

–¿Y quién sí? Todos nos ponemos diferentes máscaras para ocasiones diferentes.

–Eso es así en tu mundo –respondió Maxie–. En el mío ya no. Pero no hay felicidad en una vida que no es más que una mentira.

Connor se dio cuenta de que le costaba llegar a aquel grado de sinceridad.

–¿Por qué me has llamado, Maxie? ¿A qué se debe este cambio de opinión?

Ella agitó la cabeza antes de responder.

–Digamos que me encuentro entre la espada y la pared. Tal y como están las cosas, la única solución que encuentro es hacer la entrevista.

–¿Estás segura?

–Estoy segura de que eso es exactamente lo que «no quiero», pero no tengo elección. Haré la entrevista, siempre y cuando cumplas una serie de reglas: no revelarás el lugar exacto en el que me encuentro. Puedes decir que estoy en el Oeste, eso es todo, sin especificar. Ya no tengo agente, ni guardaespaldas, ni un portero. Estoy yo sola contra el mundo y debo tener cuidado.

Connor pensó en lo que debía de haber sido su vida dos años atrás, siempre perseguida por los fotógrafos, por los fans obsesionados y los novios celosos. Connor estaba familiarizado con la popularidad, pero ni mucho menos hasta el extremo en que lo estaba Maxie.

–Una cosa más –continuó ella, con esa sonrisa confiada que tienen los veteranos en negociaciones–. Quiero trescientos cincuenta mil dólares.

Connor exclamó, consciente de que ese dinero saldría de su bolsillo si era necesario.

–¡Vaya! Eres muy joven para negociar con tanta dureza. ¿Algo más?

Ella se encogió de hombros y dirigió su atención a la copa que tenía delante.

–No. Lo creas o no, no se trata de ambición. Sencillamente, tengo una granja que me va a costar mucho dinero hasta que empiece a dar beneficios. También necesito un semental para mis queridas vacas, y la buena raza no es barata.

Connor la miró sin saber qué responder a algo así.

–Eres única –comentó–. Antes de entrar en detalles sobre el arte de criar toros y vacas, ¿te gustaría bailar conmigo?

La pregunta la desconcertó. Había tenido perfecto control de la situación hasta aquel instante.

–Por favor –insistió él–. Si vamos a trabajar juntos, será mejor que tomemos confianza. Debemos estar a gusto el uno con el otro.

–Yo me siento muy a gusto ahora mismo –mintió ella, pues desde el momento en que había entrado en el bar, no había podido evitar sentirse nerviosa ante el poder de atracción de aquel hombre. Con su aspecto de chico guapo americano, Connor tenía la facultad de desubicarla cada vez que la miraba. Su pelo castaño dorado, largo hasta tocar el cuello de una camisa que dejaba adivinar su torso musculoso, y los vaqueros que le caían a la altura de la cadera hacían de él un semental perfecto. Ella soltó una carcajada al tomar conciencia de sus pensamientos.

–¿Qué pasa? –preguntó él confuso.

–Llevo tanto tiempo con mis vacas que me he vuelto un poco extraña –dijo entre carcajadas.

–Más que un poco –se levantó y le dio unos golpecitos en el hombro–. Vamos, extraña mujer. O bailas conmigo o con ese vaquero que viene dispuesto a pedirte que lo hagas.

Alzó la vista y vio que un hombre no demasiado guapo se dirigía hacia ella.

–Se me había olvidado cómo eran los bares –se levantó–. Espero que sepas bailar.

Connor miró a los otros danzantes con cierta aprensión.

Connor logró seguir a los demás, y bailó como siempre, con un movimiento contenido y conservador. Sin embargo, Maxie se movía con un ritmo especial, primitivo, balanceando las caderas, con los ojos medio cerrados y concentrada solo en la música. Parecía completamente absorta, perdida en el baile. No lo hacía para nadie, sino para ella. Connor se imaginaba cuántas veces habría bailado así en épocas pasadas, cuando aquel era el único momento en que se podía perder en sí misma. De pronto, sintió celos de todos los hombres que la habían visto bailar así con anterioridad.

–¡Que el cielo me ayude!

–¿Qué? No te oigo, la música está demasiado fuerte.

Él sonrió, y decidió disfrutar de la libertad de poder decir lo que quisiera sin que ella pudiera oírlo.

–Te deseo, Maxie.

–No te oigo, ¿me lo podrías decir más tarde?

Connor asintió con una sonrisa.

«Claro que sí», pensó. «Claro que sí».

Ya era más de media noche cuando Connor y Maxie se despedían junto a la camioneta de ella. El aire frío de la noche golpeaba insistente su piel acalorada por el deseo. Connor no pudo evitar notar los senos endurecidos bajo la camiseta de Maxie.

–Deberías haber traído un abrigo –le dijo, feliz de que no lo hubiera hecho.

–No esperaba que se nos hiciera tan tarde –la luz de una farola iluminaba su rostro–. Es la primera vez en dos años que no me acuesto antes de las diez. Mañana, cuando me levante a ordeñar, me voy a odiar a mí misma por haber trasnochado.

–No me negarás que te has divertido.

–La verdad es que hacía mucho que no me relajaba y reconozco que me ha gustado esto de vestirme como una chica otra vez.

–¿Estás pensando en cambiar tu atuendo vaquero por faldas y zapatos de tacón?

–Definitivamente, no –le lanzó una maravillosa sonrisa que lo tomó completamente por sorpresa–. He aprendido algo en este último año. Mucho de cualquier cosa llega a aburrir. Por eso, lo mejor es lograr un equilibrio entre una vida vulgar y ordinaria, que se adereza, ocasionalmente, con un poco de diversión.

Los ojos de aquella mujer eran embrujadores. Connor quería tocarla. Pero, dadas las circunstancias, decidió que mejor se conformaba con un ligero roce en la punta de la nariz.

–Tienes mucha sabiduría para ser tan joven.

–No soy tan joven. Tengo veinticuatro años. Tengo los pies sobre la tierra y he conseguido entender que lo único realmente importante es disfrutar de las cosas pequeñas.

A Connor le gustaba verla animada y feliz.

–¿Cómo por ejemplo?

–Una puesta de sol, el sabor de una limonada fresca o el olor a lluvia, o un buen pastel de chocolate –ella se puso en jarras al oír su carcajada–. ¿Qué he dicho para que te rías así?

–Todo y nada. Es la forma en que lo dices –le puso las manos sobre los hombros–. Haces que todas esas cosas revivan, sean nuevas para mí. Creía que lo había visto todo, pero no te conocía a ti.

Maxie sonrió. Aquel hombre era guapo, pero nunca le había parecido tan atractivo como le parecía en aquel momento.

De pronto, la sonrisa se borró del rostro de Connor. Maxie notó el cambio y se quedó sin respiración.

–No, por favor…

No sabía qué la había impulsado a decir aquello, quizás había bebido demasiado. Sus labios se entreabrieron y él fijó la vista en ellos. Un coche que estaba saliendo del aparcamiento alumbró el rostro de Connor y ella pudo ver que sus ojos estaban cargados de deseo. Se acercó a ella, la tomó de las caderas y la atrajo hacia él. Maxie sintió un cosquilleo en el estómago.

–No tengas miedo –dijo él, mientras le acariciaba el labio inferior con el dedo.

–Esto no es… –comenzó a decir ella, temblorosa.

–¿Qué? –preguntó él y aproximó su boca a la de ella.

–No deberías…

Detuvo sus palabras con un leve roce de sus labios contra los de ella. Con la lengua, recorrió los bordes, memorizando la pecaminosa forma de su boca.

En un alarde de fuerza de voluntad se apartó de ella.

–Gracias –dijo él.

Maxie se apoyó en el camión, con las piernas temblorosas.

–¿Por qué?

–Por haberme llamado, por haber bailado conmigo –él abrió la puerta de la camioneta–. Será mejor que nos vayamos, mientras pueda mantener las formas y comportarme como es debido.

Maxie se metió en su vehículo.

–Ponte el cinturón de seguridad –le dijo.

Ella obedeció.

–Y ahora, vete a casa –dijo él con cierta tensión–. Mañana hablamos.

Durante un segundo se quedó mirándolo, mientras sentía su corazón palpitar a toda prisa. Hacía mucho que no había experimentado el poder que tenía como mujer. Aquella noche, lo estaba volviendo a sentir.

–Ahora –insistió él y algo en su mirada le dijo a Maxi que era mejor que se fuera.

Connor cerró la puerta con cuidado de no volver a mirarla. Era demasiado consciente de sus propios límites. Por eso, se dio media vuelta y se alejó sin volver la vista atrás.

Capítulo Cinco

Mientras ordeñaba a la mañana siguiente, Maxie utilizaba a sus vacas como público para todos los posibles saludos que podía usar al ver a Connor.

Después de varios intentos, decidió dejarse llevar cuando llegara el momento. Trató de convencerse de que no estaba tan ansiosa como en realidad estaba, pero la verdad era que Connor se las había arreglado para alterar su vida, tentarla y encima lograr que todo aquello le gustara.

Se le ponía la «carne de gallina» al recordar la sensación que le había causado su tacto. Tenía la sensación de que algo que estaba dormido dentro de ella se hubiera despertado.

Pasó el mediodía y Connor todavía no había dado señales de vida. Maxie empezaba a sentirse incómoda con el modo en que aquel hombre empezaba a afectar a su rutina.

Había sido completamente feliz hasta aquel momento, pero dudaba de que eso siguiera siendo así una vez que él se marchara.

Salió al jardín y se puso a remover la tierra con feroz energía. Se hizo una nube de tierra que Boo quiso evitar quitándose de en medio. Su ama estaba otra vez con aquel estado de ánimo y no quería saber nada.

Ya había destrozado parte del jardín cuando oyó un coche que se aproximaba. Tuvo la tentación de peinarse con los dedos, pero no lo hizo, consciente de que sus manos no estaban en las mejores condiciones. Se recordó a sí misma que no tenía que estar siempre guapa, como antaño.

El coche entró en la parcela y se detuvo.

Ella comenzó a lanzar semillas desenfrenadamente, como si no supiera qué hacer con ellas.

La puerta del coche se cerró y se oyeron las pisadas sobre la gravilla.

Connor estaba de espaldas al sol, y lo rodeaba un alo de luz.

–Tienes tierra en la nariz –dijo él con una sonrisa.

Maxie se tocó con los guantes sucios.

–Vaya, si eres tú. Había olvidado que vendrías.

Connor sonrió, demostrando que no era fácil engañarlo.

–Supongo que debería haber llamado antes. Mi mala educación… Si quieres, me vuelvo a la ciudad y te llamo desde allí.

–Muy gracioso. Te merecerías que te dijera que lo hicieras –de pronto reparó en su atuendo–. ¡Cielo santo! Te has convertido en John Wayne.

–He decidido que tenía que cambiar de aspecto –dijo Connor–. ¿Te gusta?

Ella se levantó y lo miró de arriba abajo. Su aspecto de chico de California había desaparecido.

–Tú no eres Connor Garret. ¿Quién eres tú y qué has hecho con él?

Él sonrió.

–Mira –señaló una arruga en el pantalón–. No está planchado. Hace mucho calor hoy para llevar chaqueta, pero quería que me vieras al completo. Solo me falta el caballo.

–Lo siento, no tengo caballos –dijo ella, fascinada por lo bien que le sentaba su nuevo atuendo. Los vaqueros no dejaban nada a la imaginación y la camisa tampoco. ¿Qué les pasaba a las mujeres con los traseros masculinos que las hacían perder el sentido? Tenía que admitir que despertaba todos sus instintos. Claro que eso solo lo admitiría para sí.

–Bueno, ¿qué piensas?

–Que pareces uno de nuestros vaqueros. Solo te falta el bigote y la barriga de bebedor de cerveza.

–Con la entrevista, no sé si me quedará tiempo para tanto.

La entrevista. Aquella palabra logró enfriar el calor de la mirada de Maxie. Durante un momento había olvidado que estaba allí solo por negocios. Quien realmente le interesaba no era Maxie Calhoon. Si quería mantener su corazón intacto, tendría que recordar eso.

–¿Cuándo empezamos? –preguntó ella con frialdad.

Connor la miró interrogante. Un minuto antes se estaba comportando de un modo amable y natural. Un segundo después, parecía otra persona.

–Estábamos estupendamente y, de pronto, te has vuelto fría. ¿Qué he dicho para hacerte cambiar así?

Ella se encogió de hombros, pero no quiso responder.

–Bueno, parece que vamos dando un paso adelante y varios hacia atrás –Connor suspiró–. He tenido una gran idea, es casi una revelación.

–¿Una revelación? Lo dudo.

–Dudas de todo. Eso es algo que vamos a tener que solucionar… Verás, los cámaras no llegaran hasta dentro de un par de días. Me

parece interesante que tratemos de conocernos mejor durante estos dos días, para que te sientas más a gusto durante la entrevista.

Maxie comenzó a dibujar círculos con la punta de la bota sobre la tierra.

–No te preocupes por mí. He hecho cientos de entrevistas. No tendré dificultad para hacer una más.

Connor respiró profundamente.

–Bueno, pues, entonces, ¿qué me dices de un nuevo amigo? ¿O es que Maxie Calhoon tiene todos los amigos que necesita?

Maxie lo miró con la cabeza ligeramente inclinada.

–¿Estás seguro de que es a Maxie Calhoon a quien quieres conocer?

–Maxie Calhoon, granjera, amante de los conejos de orejas rotas y de sus vacas. Sí, esa es la mujer que yo quiero conocer.

Ella se quitó los guantes sin mirarlo a los ojos.

–Puede que te decepcione. No es más que un ser vulgar.

–Es cualquier cosa menos vulgar –dijo él y le puso las manos sobre los hombros. Sintió su tensión. Comenzó a darle ligeros masajes–. Me acabo de dar cuenta de que a veces hablamos de Maxie como si fuera una tercera persona, como si tú misma no la conocieras bien.

–Quizá sea así –dijo Maxie con la voz temblorosa. Se preguntó si Connor tendría alguna idea de lo que le provocaba su tacto–. Hasta hace un par de años me era completamente desconocida.

Connor notó el tono nervioso de su voz. Esperaba que aquello fuera un signo de su respuesta hacia él.

Le quedaban solo dos días hasta que su equipo lo llenara todo y había muchas cosas que quería, que necesitaba saber sobre aquella mujer.

Se inclinó sobre ella y le susurró algo al oído.

–Tengo comida en el coche. Un picnic completo –dijo él–. Pero no es un picnic cualquiera, sino un picnic de chocolate.

–Nunca he tomado un picnic de chocolate –susurró ella, con las rodillas cada vez más temblorosas.

Maxie miró por encima del hombro de Connor. Nada había cambiado a su alrededor: la granja era la misma, las vacas seguían en su sitio y, sin embargo, todo parecía distinto.

–Estoy dispuesto a robarte un poco de tiempo. Demasiado trabajo llega a arruinar la salud. Además, no puedes decir que has vivido, hasta que no pruebas un picnic de chocolate.

Ella se apartó lo suficiente como para poder mirarlo directamente a los ojos.

–¿Tú lo has hecho?

–¿Vivir?

–No, disfrutar de un picnic de chocolate.

–No –Connor le besó la frente y se apartó de ella. Aun sin maquillaje, aquella mujer era realmente hermosa–. Supongo que eso quiere decir que realmente no he vivido hasta el día de hoy.

El otoño era la época del año favorita de Maxie. Todo lucía más vívido y hermoso. El hecho de que el Otoño fuera además tan fugaz le apasionaba.

Connor conducía despacio de camino a ningún lugar en especial. Los sonidos del campo eran particularmente ricos y hermosos, completamente ajenos a unos oídos habituados a los ruidos de la ciudad. Al principio de cambiarse al campo, Maxie se había sentido perturbada por aquellos ruidos extraños. Los grillos la despertaban por la noche y los gallos empezaban a cantar demasiado pronto por la mañana. Poco a poco, no solo se había ido acostumbrando, sino que, de algún modo, aquellos sonidos la reconfortaban.

–Escucha –le dijo a Connor–. Escucha y dime lo que oyes.

Él frunció el ceño perplejo.

–No hay mucho que escuchar aquí. Es un campo de trigo y, normalmente, el trigo no habla.

Maxie agitó la cabeza frustrada. Quería compartir con él la magia de aquel lugar.

–¿Solo eres capaz de oír eso?

–No me subestimes aún, déjame pensar: oigo tu voz, el motor del coche y la china que acaba de golpear el parabrisas del coche. Dime, ¿qué se supone que debo oír?

–Hay todo un mundo de sonidos, pero no estás acostumbrado a él. La gente que vive en las grandes ciudades está habituada a bloquear los sonidos: sirenas, bocinas, vecinos con la música alta. Pero aquí… –hizo una pausa–. Aquí no hay nada de eso. No hay ninguna razón para andar a la desesperada tratando de agradar a los extraños. No hay flases ni glamour. Aquí no necesitas fingir, todo es real. Uno forma parte del mundo. Te puedes relajar y hundirte en la vida como en un baño de espuma.

–Esa idea sí que me gusta: tú, metida en un baño de espuma, con la piel mojada, aunque…

–Estoy tratando de educarte –le recordó, sin poder evitar ruborizarse–. Antes de trasladarme aquí, me pasaba el tiempo esperando llegar a la siguiente esquina por ver si algo diferente

ocurría. No sabía lo que estaba buscando, solo sabía que no lo tenía.

–Esa es la condición humana –murmuró Connor–. Nos pasamos buscando el paraíso perdido. Al menos eso es lo que dicen.

–Pero no tiene por qué ser así –dijo Maxie con luz en los ojos–. ¿No te das cuenta? Somos parte de la naturaleza. A veces, perdemos de vista que necesitamos estar en contacto con el mundo, no aislarnos de él.

Connor estaba fascinado por su sinceridad, aquel modo casi infantil de disfrutar de su nueva vida. Le llegaba al corazón el que quisiera compartir todo aquello con él.

–Serías una estupenda misionera. Podrías ir por ahí salvando almas, empezando por la mía.

Maxie lo miró fascinada, preguntándose si él tendría conciencia del aura que proyectaba.

–Dime algo, Connor, ¿eres feliz?

–¿En este momento? –miró de un lado a otro y detuvo el coche a un lado del camino. Su expresión era relajada, pero Maxie apreció cierto fuego incandescente en sus ojos–. Estoy pasando una tarde con alguien que me parece absolutamente fascinante, alguien que me hace sonreír. Sí, en este momento, soy feliz.

Maxie sintió la caricia de sus dedos sobre la nuca y no pudo contener la respuesta de su cuerpo. Se necesitaban con urgencia.

–¿Y mañana?

–Si me preocupo de mañana, puede que deje de disfrutar lo que está sucediendo hoy –continuó deslizando el dedo por su nuca–. ¿Y tú? ¿Estás feliz hoy, Maxie?

Maxie se mordió el labio inferior.

–Sí –dijo suavemente y lo miró–. Sí, estoy muy feliz.

Connor se quedó en silencio, mirándola con inusual intensidad. Algo lo impulsaba a tomarla en sus brazos, pero estaban en un coche pequeño con muy poca cabida para la espontaneidad. Se contentó con tomar sus manos y besarle las palmas.

Ella se estremeció.

–Picnic –dijo él con determinación.

Ella sonrió y asintió.

–Picnic.

Salieron del coche y se colocaron junto a una hilera de árboles que proporcionaban suficiente sombra.

Él sacó del coche una nevera que debía de contener el famoso picnic de chocolate.

No había llevado una manta, así que extendió su nueva chaqueta vaquera.

–Vamos a tener que sentarnos muy juntos –dijo–. Espero que te comportes como es debido.

Lo miró con una sonrisa.

–Te aseguro que seré una santa.

La única respuesta que se le ocurrió a Connor fue una sonrisa. La agarró de la muñeca y le pidió que se sentara. La proximidad de sus cuerpos provocaba en ambos todo tipo de reacciones.

Él abrió la nevera y sacó unas servilletas, que extendió abiertas sobre el regazo de ella como si fuera un mantel. Luego, sacó todo tipo de chocolates y bombones.

–¡Esto es maravilloso! –dijo Maxie emocionada al ver aquella gran cantidad de chocolate–. Nunca nadie me había llevado a un picnic de chocolate. Lo que le falta en elementos nutricionales lo compensa con originalidad. ¡Estoy realmente impresionada!

–Gracias –dijo él, realmente contento con la reacción de ella–. Sabía que te gustaría. Me faltan algunas clases de bombones, pero es lo máximo que he podido conseguir aquí.

–No se puede tener todo.

–¿Por qué no? ¿Quién ha hecho esa regla?

–Creo que estás mal acostumbrado.

–Puede. Siempre consigo todo lo que quiero.

Algo en su tono de voz hizo que ella lo mirara, justo antes de meterse una lujuriosa fresa en la boca. Había en la mirada de Connor una gran carga de sensualidad, que iba penetrando dentro de ella.

–Supongo que así es. Hasta has conseguido tu entrevista.

–No estaba hablando de eso.

–Yo sí.

Connor notó un tono susurrante que lo satisfizo. Allí estaba él, tomando un picnic con Glitter Baby, un sueño que cualquier hombre habría querido hacer realidad.

Le quitó la fresa de chocolate y se la comió.

–El que duda, pierde, Maxie. Come, Maxie. Te sentará bien.

Pero Maxie había perdido el apetito, se sentía intoxicada por aquella sonrisa masculina y aquella mirada.

–No estás comiendo mucho –dijo él–. O estás enferma o es demasiado de algo bueno y eso no te gusta, como me dijiste.

«Más bien, no lo suficiente», pensó ella.

–Algo así –respondió Maxie, sin poder apartar la vista de sus piernas musculosas, cubiertas por los pantalones vaqueros. Habría sido un estupendo vaquero.

–Podemos dejar lo que ha sobrado para hacer feliz a algún Elfo.

Maxie tragó saliva y se levantó. Se puso a recoger los restos de la comida, mientras él apilaba las chocolatinas sobrantes junto al árbol.

–Esto hará las delicias de alguna ardilla –dijo él con los ojos tan brillantes que de no haber estado con él, Maxie habría podido pensar que había bebido.

–Seguramente, la matará –dijo Maxie, mirando de un lado a otro, a ver si encontraba algo que limpiar–. No sé si su organismo tolerará el chocolate.

–Ya no puedo más –dijo él de repente.

–¿No puedes más? ¿A qué te refieres?

–Ya no puedo seguir siendo bueno –le agarró el tobillo–. Venga, siéntate aquí conmigo. Estás demasiado lejos de mí. Y deja de morderte el labio, va a terminar por salirte sangre.

–Esto no estaba en la agenda.

–Sería en la tuya, porque en la mía sí estaba –con una gran sonrisa, comenzó a subir con dos dedos hacia arriba, mientras tarareaba una canción infantil–. «Periquito araña sube el canalón…».

Maxie no pudo evitarlo: emitió un sonido que era una mezcla de gemido y gruñido y se echó hacia atrás. Aquel hombre estaba armado hasta los dientes con la mejor munición para vencer al sexo opuesto. Era divertido, era inteligente, era fácil de llevar y, además, elevaba su temperatura corporal.

–No sé por qué permito que me hagas esto –dijo ella, mientras daba la vuelta alrededor de él–. Me estoy haciendo vieja, supongo. Este tipo de cosas no me importaba antes.

–¿Qué tipo de cosas? –preguntó él con una sonrisa en la mirada–. ¿Comer chocolate? ¿Sentarte en la hierba? ¿Dar de comer a las ardillas?

Maxie resopló frustrada.

–Eres muy gracioso, realmente entretenido. Tú eres ese «tipo de cosas» a que me refiero.

–Yo no estoy haciendo nada, me estoy comportando como un santo.

–No importa, olvídalo.

–No voy a olvidarlo. ¿Eso te ocurre con todos los hombres?

–No, claro que no.

–¿De verdad que no?

–No te emociones, que esto no tiene que ver contigo, sino conmigo. Hace dos años que no tengo contacto con ningún hombre y estoy… fuera de práctica.

Connor se levantó lentamente.

–Lo que quieres decir es que tu modo de reaccionar no tiene absolutamente nada que ver conmigo.

Maxie asintió.

–Exactamente.

–El eterno misterio de la lógica femenina. Tú sabes que yo no soy un ególatra. Desde luego, no espero que te sientas atraída por mí solo porque yo si me siento atraído por ti.

–Yo no estaba diciendo que tú…

–Después de todo, tú eres la celebridad aquí –se aproximó lentamente hacia ella, con los pulgares en los bolsillos–. ¿Te has planteado alguna vez lo frustrante que debe de ser para un hombre perseguir a una mujer que tiene un club de fans?

–«Tenía»

–Lo que sea. La idea me resulta aterradora.

No parecía en absoluto aterrado, sino más bien divertido y confiado con la situación. Ella dio un paso hacia atrás.

–Por suerte, no persigues una relación, sino solo una entrevista, ¿verdad?

La punta de sus botas de vaquero besaron las de ella.

–No, el haber conseguido la entrevista no es más que un regalo extra.

–¿De verdad?

–Sí. En realidad, a quien estoy persiguiendo es a ti –Connor sonrió y le puso las manos sobre los hombros–. Sí, así es.

–Bueno pues, de tanto perseguirme, vas a lograr que me choque con el árbol –a Maxie se le aceleró la respiración al ver que posaba su frente en la de ella.

–Te pones adorable cuando te ves acorralada. ¿Sabes cuántas celebridades he entrevistado en los últimos años?

–No. ¿Cuántas?

–Cientos. ¿Y sabes lo que te diferencia de todas ellas?

–¿Qué?

–Esto –sus labios estuvieron sobre los de ella antes de que pudiera decir nada.

Su beso era cálido y suave como la seda, capaz de provocar miles de sensaciones que no sabía identificar. Las manos de Maxie recobraron vida por sí mismas y se asieron con fuerza a la camisa de Connor. Nunca nadie la había besado así. Sentía sus dedos entre el pelo, sus palmas acariciando los largos mechones. Como una marioneta, ella respondía a cada contacto, como si tuviera hilos invisibles. Se sentía poseída por la necesidad de apretar su pecho

contra el de él, sus caderas contra las suyas.

Connor abandonó su boca para explorar su barbilla, su cuello. Ella se estremeció y él busco su labio inferior. Sabía a albaricoques madurados bajo el sol del verano.

Él se apartó lentamente para mirarla con ojos hambrientos y apasionados. Le tocó el labio con un dedo tembloroso.

–Chico encuentra chica –le susurró–. Y todo el mundo se pone patas arriba.

–¿Qué?

La miró confuso durante un momento.

–No sé lo que iba a decir, Maxie…

Esa vez sus labios estaban curvados en una curiosa sonrisa, y continuó sonriendo mientras le besaba las comisuras de los labios.

–Tu piel me sabe a rosas. Y tu boca, esa boca de ángel caído me ha estado trayendo loco durante mucho tiempo.

Ella gimió al sentir su aliento detrás de la oreja.

–Connor…

Sus manos exploraron sus senos e, inmediatamente, los pezones se le endurecieron. Dentro de él crecía el ansia de poseerla, había una absoluta fiereza dentro de él, un fuego desgarrador. Se sentía movido por una fuerza de atracción hacia ella mayor que ninguna otra cosa en el mundo.

–Así eres tú: Connor –lo agarró de los hombros–. Me gusta decir tu nombre y me gusta tu sonrisa. Sonríes con los ojos. La gente con la que solía relacionarme nunca sonreía con los ojos, de modo que no te podías fiar de ellos.

Había algo que hablaba de un alma solitaria. Connor pensó en la vida que ella había llevado durante mucho tiempo, rodeada de ricos y famosos. Él, al fin y al cabo, había nacido en un entorno que le facilitaba moverse en esos medios. Pero la pequeña Frances Maxie Calhoon no había tenido semejante oportunidad. Al menos, había podido escapar de aquel mundo sin cicatrices, lo cual no dejaba de ser extraño, si se tenía en cuenta que ella había sido la envidia de todas las chicas de América. ¡Qué diferencia había entre el mito y la realidad!

Cerró los ojos. Odiaba la idea de que una persona como aquella hubiera sufrido tanto.

–¿Qué pasa? –preguntó ella alarmada.

Él se apartó ligeramente y se preguntó qué tipo de expresión sería la que tenía en el rostro. No quería asustarla.

Tampoco quería asustarse él, pero las emociones que sentía eran muy reales. Cada célula de su cuerpo le pedía tenerla cerca. La

necesitaba hasta extremos que no había experimentado nunca.

–No pasa nada malo –la besó de nuevo–. Solo que no me puedo separar de ti.

Maxie le hundió los dedos entre el cabello sedoso.

–Pues nos vamos a enfriar aquí.

Él sonrió.

–Yo puedo mantenerte caliente.

–No me cabe duda –dijo ella y le besó la mandíbula–. Pero tenemos que irnos ahora mismo, señor Garret.

Se volvió e hizo un puchero.

–¿Y por qué?

Ella se dirigía ya hacia el coche. Se volvió hacia él y sonrió.

–Porque no quiero hacerlo.

Comenzó a correr en dirección al coche dejándolo atrás.

Capítulo Seis

Maxie había pasado ocho largos años fingiendo ser alguien que realmente no era. Había posado tal y como le habían dicho que lo hiciera, andaba de cierto modo, se vestía como la gente esperaba que lo hiciera. Había sido una invención de otros, vestida y pintada para adecuarse al cliente que la contrataba. Nadie admiraba a la mujer que estaba detrás de la máscara, a nadie le interesaba conocerla…

Pero Connor Garret había logrado llegar hasta ella.

Al principio, como tantos otros, había buscado a Glitter Baby, pero la mujer con la que se había encontrado había sido Maxie Calhoon. Nada de aura ni de glamour.

A pesar de todo, si no se equivocaba, le parecía que él prefería la realidad al mito.

Todavía pisaba con precaución, pero cada vez le resultaba más difícil negar lo que sentía.

Volvió la cabeza hacia Connor, que conducía de vuelta al rancho. Su perfil era casi perfecto. Ella sonrió.

–¿Me he perdido algo? –preguntó Connor con curiosidad.

–No –dijo Maxie, aún sonriente–. Estaba pensando en otra cosa.

Él se aclaró la garganta. ¿Por qué sigues mirándome así? Me estás poniendo nervioso.

Maxie se encogió de hombros y volvió la vista hacia la carretera.

–¿Quién hizo la regla de que las mujeres no pueden mirar a los hombres? Serías un vaquero muy atractivo.

–Vamos, vamos, no empieces otra vez.

–¿Sabías que se te ponen las orejas rojas cuando te avergüenzas de algo? –soltó una carcajada y echó la cabeza para atrás.

Él protestó.

–Lo siento –dijo ella riéndose aún. Maxie apoyó la cabeza en el asiento y pensó que aquella había sido una tarde absolutamente maravillosa, a pesar del estado de excitación que le provocaba aquel desmesurado deseo. Le parecía extraño aquel vínculo que se había creado con otro ser humano. Se había pasado demasiado tiempo aislándose precisamente de eso.

Se preguntó si debía invitarlo a cenar. No quería parecer

insistente, pero tampoco quería decirle adiós.

Sentía una euforia desconocida, intoxicante, pero debía de tirarla por la ventana. Era mucho más interesante sentarse, relajarse y esperar a lo que ocurriera.

Y lo que ocurrió inmediatamente después resultó una sorpresa para ambos.

Connor tomó el camino que conducía hasta la casa, decidido a no resultar pesado. Había hecho bastantes progresos en su relación con ella y no quería estropearlo. Era muy importante hacer las cosas bien, pues jamás había sentido semejante fascinación por ninguna mujer. Si presionaba demasiado tal vez podría asustarla. Todo cuanto había dicho Maxie le resultaba importante a él.

–¿Qué vas a hacer esta noche? –preguntó él, sin conseguir un tono casual–. ¿Tienes planes?

–Sabes lo que hago cada noche: trabajar –«¿Debería invitarlo a cenar esta noche?»

–Me lo he pasado muy bien hoy. Odio ver que se aproxima el final.

–Yo también –dijo ella y lo miró a los ojos–. No te he dado las gracias por el picnic. Te has molestado tanto por…

Se detuvo de golpe y miró al Toyota que estaba aparcado delante de su casa.

–Mi madre –dijo ella.

Él la miró perplejo, preguntándose qué era lo que se había perdido entre medias.

–¿Tu madre? ¿Crees que he hecho todo eso por tu madre?

–No. Quiero decir que mi madre… –Maxie tragó saliva y señaló a la mujer que saludaba animadamente desde el porche–. Esa es mi madre.

Ni en los peores sueños, Connor habría podido anticipar que acabaría encontrándose a la madre de Maxie cuando su cuerpo estaba aún ardiendo de pasión y lo único que quería era tener a Maxie en sus brazos.

–Qué estupendo… Ahí está, en el porche…

–Sí, ahí está… –repitió Maxie. Se miró en el espejo del retrovisor. Tenía los labios aún hinchados por los besos y las mejillas demasiado sonrosadas–. Bueno… ¿quieres pasar y conocer a mi madre?

Era la invitación que había esperado tener algún día, pero no en semejantes circunstancias.

–Esperaba que me lo preguntaras.

Natalie estaba tan contenta que no podía ocultar su gozo.

Estaba viendo una cara de su hija que realmente la fascinaba. Se había preguntado muchas veces cuánto tiempo tardaría Maxie en curarse de las pasadas heridas, cuánto tiempo pasaría antes de que su soledad se convirtiera en algo más doloroso que reconfortante. Lo que más deseaba en el mundo era que su hija lograra tener una vida normal, sobre todo porque se sentía responsable de haber permitido que empezara su carrera demasiado pronto.

–Así que os habéis ido de picnic –le dijo Natalie a Connor que estaba obviamente tenso, sentado con las manos unidas sobre las piernas y la espalda tan derecha que parecía de madera–. No sabes cuánto me alegro. Maxie debería salir un poco más y ha hecho un día precioso.

–Muy caliente –dijo él, mientras esperaba a que Maxie volviera. Se había cambiado de ropa y había ido a dar de comer a las vacas–. Su hija es una maravillosa compañía, señora Calhoon.

–Por favor, llámame Natalie. Maxie me contó cómo has llegado hasta ella. Tu tenacidad me sorprende. Nadie la había buscado en estos dos años.

–La verdad es que mi búsqueda empezó porque quería lograr una entrevista con Glitter Baby. Pero la mujer que me he encontrado y con la que he pasado un día maravilloso ha sido Maxie Calhoon. Es una mujer increíble.

Natalie sonrió.

–Lo sé. Y te aseguro que ella tampoco habría pasado tanto tiempo contigo de no ser porque le interesas de verdad. Aprendió mucho, viviendo en un mundo de lobos.

–Pareces realmente feliz de su carrera acabada.

–Más de lo que puedas imaginarte. El padre de Maxie era un hombre difícil. Yo tenía miedo de que, en ese ambiente, la confianza de Maxie nunca podría subir mucho, a menos que dejáramos que se fuera. Pero cometí un grave error –una sombra de arrepentimiento cruzó su rostro–. Casi no sobrevive. Cuando volvió a casa no quedaba nada de ella. Tuvo que aprender a comer, aprender a dormir y me culpaba a mí misma por ello.

–Pero debes de estar muy orgullosa de ella. Parece que adora la vida que se ha construido para ella –dijo él.

Natalie asintió.

–Sí, eso parece y nunca la había visto tan feliz. No me gustaría que nadie le hiciera daño.

Se entendían perfectamente. Connor asintió con una sonrisa.

–Yo tampoco, Natalie. Nunca permitiría que nada le hiciera daño.

Natalie se quedó en silencio durante un momento, mientras elegía las palabras adecuadas.

–Estoy segura de que nunca le harías daño intencionadamente. Pero lo que quizá no sepas sobre mi hija es que para algunas cosas es aún muy inexperta. Maxie nunca fue al instituto, ni a la universidad. Nunca ha tenido un novio serio. Se ha perdido todo eso. Mientras otras chicas de su edad iban al centro comercial a comprarse un vestido para una fiesta de fin de curso, ella estaba desfilando en las pasarelas de París. Nunca ha tenido amores adolescentes, ni ha salido con sus amigos a tomar un batido al centro comercial. Nunca ha tenido experiencias como esas. Mientras que las fotos muestran a una celebridad pulida, hecha y derecha, la realidad es muy otra.

Natalie observó a su interlocutor. Generalmente, sabía juzgar bien a la gente a primera vista, y Connor Garret le parecía un hombre sincero. Pero era precavida. Su hija era un ser humano muy especial y era obvio que Connor había logrado traspasar sus defensas.

Se miraron unos segundos.

–¿Me estás preguntando si mis intenciones son honorables?

–Lo que estoy diciendo es que mi hija no es como todo el mundo. Cuando le entregue su corazón a alguien, será por primera y última vez.

Connor sonrió.

–Ya veo que eres como tu hija: directa, sincera y clara. No conozco a mucha gente así en el mundo en que me muevo.

–A alguna gente le molesta mucho. Te pediría que no le digas nada de nuestra conversación a Maxie.

Connor asintió y se imaginó la reacción de Maxie si hubiera podido escuchar la conversación.

–Valoro notablemente mi vida. No me arriesgaría a algo así.

–Me alegro –dijo ella

Todavía se estaban riendo cuando entró Maxie.

–¡Y yo toda preocupada por si os sentíais incómodos! –dijo ella, mirando con curiosidad a su madre y a Connor.

–Mamá, ¿qué has hecho esta vez?

–Nada –dijo Natalie con fingida indignación–. Solo manteníamos una conversación.

–Tu madre ha sido muy amable conmigo –dijo Connor.

–¿Y de qué os reíais? –insistió Maxie.

–Le he contado un chiste –respondió ella y se levantó, dispuesta a marcharse–. Me alegro de haberte visto.

–Pero si apenas me has visto. Quédate a cenar por lo menos.

–No puedo, cariño. Otro día será –sonrió a Connor–. Adiós. Ha sido un placer conocerte. Y gracias por reírte de mis chistes.

–No, gracias a ti –respondió él.

Maxie cerró la puerta y se volvió directamente hacia él.

–Conozco a mi madre y sé que no cuenta chistes.

Connor se encogió de hombros.

–Sí, claro que los cuenta. Debería dedicarse a la comedia. ¿Qué tal las vacas?

–Muy bien, gracias –Maxie sonrió con dulzura, mientras se quitaba las botas de goma–. Me encantan los chistes buenos, cuéntame uno, Connor.

Él la miró sin saber qué decir.

–Que te cuente….

–Sí, el chiste de mi madre.

–¡Tengo tan mala memoria! –suspiró–. Perdóname, no soy más que un necio jugador de fútbol… o al menos lo fui. ¿Te he dicho alguna vez lo atractiva que estás con ese peto con tirantes?

Maxie se puso las manos en la cadera y comenzó a caminar como si estuviera en una pasarela.

–Aquí, el último modelo para ordeñar con estilo.

La sonrisa de Connor surgió lenta, sensual, ligeramente pícara, y dibujada desde las comisuras de los labios. Aun haciendo una parodia de sí misma, podía elevar su temperatura corporal unos cuantos grados.

–Solo tú puedes conseguir que un atuendo así resulte sugerente.

Ella se rio.

–Huelo directamente a vaca, así que si me das un minuto para ducharme, prepararé algo de cena. ¿Qué te parece?

Él la miró fijamente.

–¿De verdad quieres que te responda a eso?

–No sé cómo es el mundo del que usted viene, señor, pero aquí tratamos a las vaqueras con respeto –Maxie volvió a reírse y se encaminó hacia el dormitorio–. Dame diez minutos para cambiarme y después, vaquero, te demostraré lo que es que te traten bien. ¿Qué sabes de la hospitalidad del Oeste?

Connor la miró esperanzado.

–Solo rumores.

Maxie levantó una ceja haciendo burla de un gesto de vaquero.

–Espera y verás.

–Te falta una letra para «lencería», lo siento –dijo Maxie.

–¿Qué letra?

–La «a».

–¡Si casi no se nota! –dijo él en broma.

Estaban tumbados en el suelo del salón jugando al «Scrable». Maxie tenía los codos sobre la moqueta y la barbilla en las manos, y trataba de contener su sonrisa de satisfacción.

–Con que la hospitalidad del Oeste –farfulló él–. ¡Ya nadie juega a esto!

Ella se rio y la miró pensativo.

Le estaba costando mucho concentrarse en el juego. Ella había salido de la habitación oliendo a manzana y vestida con unos vaqueros ajustados. Mientras preparaba la cena y comían había mantenido la calma, pero al tenerla a su lado, tendida en el suelo, la tentación iba creciendo.

Llevaba treinta minutos tratando de controlarse y, de pronto, decidió que era más que suficiente.

–¡Oh, mira lo que he hecho! He metido la pata por completo. Supongo que este es el final del juego.

Ella lo miró con los párpados entrecerrados.

–Algo me dice que no quieres jugar más a esto –dijo ella

La expresión de su rostro lo cautivaba.

–Tienes toda la razón, chica guapa –levantó la mano y tocó el suave mechón de cabello–. Cuando se juega a un juego, alguien tiene que ganar y alguien tiene que perder.

Maxie suspiró y él recorrió con el dedo sus labios.

–¿Qué haces? –preguntó ella.

–Desde luego, no estoy jugando –dijo él con una sonrisa tan sincera que ningún espectador le había visto jamás.

–Ni a ti ni a tu sonrisa os debía de estar permitido salir después de que anochece –dijo Maxie–. Eres una verdadera amenaza para las mujeres virtuosas.

–¿De verdad? –preguntó él–. Yo solo quiero ser para una mujer.

Sus años de entrenamiento en el fútbol le dieron la agilidad suficiente para ponerse de pie, tomarla en sus brazos y besarla como un hombre hambriento. Se sentía como si hiciera años que la hubiera besado con anterioridad. Aquellos labios carnosos parecían encender todo tipo de pasiones dentro de él. Era como besar a una flor, todavía húmeda por el rocío de la mañana.

Cuando después de un rato alzó la mirada, sus ojos ardían de

deseo. Le acarició la mejilla con un dedo tembloroso.

–Pareces un ángel –susurró él–. Que ha sido enviado a mí para ser besado.

Ella sonrió.

–Pues yo no me siento como un ángel –respondió ella en tono insinuante.

–Dime, ¿cómo prefieres que te bese? Así, suavemente… –cubrió sus labios con un beso leve y sutil–. O prefieres algo más salvaje.

Una vez más, tomó sus labios e imprimió sobre ellos un beso apasionado y poderosamente erótico.

–Eso no ha sido tan salvaje –susurró ella y lo agarró de los hombros.

–Todavía no te he mostrado ni la mitad de lo que soy capaz –le besó el cuello–. ¿Siempre eres tan impaciente?

Maxie gimió, al sentir su mano sobre su seno. Con la lengua, dibujaba pequeños círculos sobre la suave piel de su cuello. La húmeda suavidad de su acción la estaba llevando casi a un estado de éxtasis. Maxie tenía la sensación de que, de un momento a otro, podría morir de placer y, sin duda, sería una estupenda forma de hacerlo.

–¿Te estoy haciendo daño? –él levantó la mirada, y la clavó en ella–. ¿Maxie?

–No quiero hablar –susurró. Sus manos se movían hambrientas sobre sus hombros. Después se deslizaron hacia abajo, hasta el final de la espalda y agarró sus glúteos turgentes–. Tu cuerpo es maravilloso. ¿Qué haces?

Con los ojos fijos en los de ella comenzó a moverse con un ritmo ancestral. Ella alzó la mano y se tocó los pezones, endurecidos por su tacto. Aquel sensual acto lo tomó desprevenido. No estaba preparado para controlar lo que le provocaba verla tocarse a sí misma. El resultado fue tan devastador que estuvo a punto de llegar al clímax allí mismo. Nunca jamás se había sentido tan absolutamente fuera de control, y eso que todavía llevaban la ropa puesta.

Connor se detuvo, para poder controlarse.

–Sería una buena idea que bajáramos un poco el ritmo –dijo él con los ojos cerrados y tratando de conjugar toda su fuerza de voluntad.

–¿Por qué? –pregunto Maxie–. ¿He hecho algo mal?

–No, claro que no –mientras abría poco a poco los ojos. Miró a la hermosa mujer que resplandecía delante de él.

De pronto, algo le recordó las palabras de Natalie Calhoon.

«Cuando mi hija dé su corazón, será por primera y última vez en su vida».

–¿Maxie? Seguramente esta será una pregunta absurda. Pero, cuando me preguntas si has hecho algo mal…

Lo miró de un modo extraño.

–¿Qué?

–Lo dices como si nunca antes… como si…

Maxie respiró profundamente. La había descubierto, lo que era todo un escándalo, considerando su fama de «mujer salvaje».

–Difícil de creer, ¿verdad? –dijo ella–. Veinticuatro años y todavía… intacta.

Connor se quedó anonadado. Nunca se le había ocurrido pensar que Maxie pudiera ser virgen.

Se quitó de encima de ella y se tumbó a su lado. Esperó unos segundos a que se le ocurriera algo racional que decir.

–Estoy un poco confuso.

Ella se ruborizó.

–Lo siento. Quizá debería haberte dicho algo. Pero no estaba segura de qué decir exactamente en una situación así. Especialmente, si consideras mi pasado. Jamás he confiado en nadie. Porque sabía que nadie quería a Maxie Calhoon, sino a Glitter Baby… Bueno, lo siento en cualquier caso…

Él le tomó la mano.

–No tienes nada que sentir. Si yo lo hubiera sabido, habría sido un poco más cuidadoso.

Ella lo miró claramente impresionada.

–¿Más aún? ¿Podrías haber sido aún más cuidadoso?

–Al menos, puedo intentarlo –le dijo Connor–. Maxie, cuando ocurra entre nosotros, y ten por seguro que ocurrirá, no será en el suelo del salón. Me he dejado llevar, pero no va a volver a pasar.

–¿No?

La mirada desconcertada de Maxie lo hizo sonreír.

–Lo que quiero decir es que, cuando algún día en el futuro pienses en lo sucedido, no quiero que te puedas arrepentir de nada.

De pronto, sin que Maxie encontrara una verdadera razón, se echó a reír, una risa abierta y sincera que, al principio, dejó a Connor completamente anonadado. Luego, empezó a reírse con ella. Se rieron hasta que les dolió el estómago y no les quedaba ya respiración.

Finalmente, Maxie pudo decir algo.

–En realidad, esto no tiene ninguna gracia. Aquí estoy yo, una «jubilada», nada menos, con una virginidad que sigue pendiendo

sobre mi cuello como una losa. Nadie podría creérselo, ¿verdad?

–Me importa muy poco lo que el resto de la humanidad pueda creer o pensar –dijo él–. Lo único que me importa eres tú, Maxie.

Ella sonrió.

–Es mutuo –le susurró.

Ella pensó que tal vez volvería a besarla, pero no. Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, se puso en pie y la ayudó a levantarse.

–Hay una ducha fría esperándome en el motel.

–Pero no tienes por qué irte.

–Sí, tengo que irme. No tengo ninguna fuerza de voluntad cuando te tengo cerca.

La miró durante unos segundos, mientras estaba allí, de pie junto a él.

Era perfecta, era, exactamente, lo que siempre había necesitado.

Sonrió con tanta ternura que a ella se le inundaron los ojos de lágrimas.

Él se dirigió hacia la puerta y se marchó.

Capítulo Siete

Mientras Connor conducía hacia el motel, fue recordando cada instante que había pasado en compañía de Maxie, desde el primer día en la tienda.

Cuando ya no pudo más, sacó el móvil del bolsillo y la llamó.

–¿Diga?

–Soy yo –respondió él–. ¿Estás en el agua?

–Sí, me estoy dando un baño. Hay gente que se da duchas frías y gente que se da baños calientes con el mismo propósito.

–¡Ojalá no te hubiera oído decir eso! Es francamente contraproducente. Te he llamado porque echaba de menos tu voz. ¿Te he dicho alguna vez que es muy sexy? Suena un poco cadenciosa.

–Connor, ¿estás bien?

–Sí. Tengo cierto síndrome de ausencia. Me lo provoca el no estar contigo. Bueno, en cualquier caso, ten cuidado. No se te ocurra usar el secador o el cepillo de dientes mientras estás ahí dentro –se preguntó de inmediato por qué había dicho aquello–. Voy a tener que colgar antes de seguir diciendo más tonterías.

Todavía se estaba lamentando de su propia estupidez, cuando llegó a la avenida principal.

Aquel viernes por la noche la ciudad estaba particularmente animada y, al pasar por el instituto, vio un anuncio del baile de la escuela.

Inmediatamente, agarró el móvil y volvió a llamarla.

–Hola, soy yo otra vez. ¿Sigues en la bañera?

–No, me estoy secando.

–¡Vaya! No me lo pones fácil, ¿eh? –Connor cerró los ojos y se imaginó la escena–. Luego volvió en sí–. Maxie, esta vez te llamo para preguntarte si quieres salir conmigo mañana por la noche.

–¿Me llamas para pedirme una cita?

–Sí. Mi padre me ha dicho que me presta el coche.

Ella soltó una carcajada, y fue el sonido más dulce del mundo a oídos de Garret.

–Iré encantada.

Al día siguiente, el primer paquete llegó antes del mediodía. Maxie tenía la cara azul, después de haberse aplicado lo que le quedaba de una prohibitiva mascarilla que guardaba desde sus tiempos de modelo.

Abrió la puerta.

–¿Sí?

El hombre sonrió y, de pronto, retrocedió sobresaltado.

–¡Dios santo! Quiero decir… buenos días. Traigo un paquete para Maxie Calhoon. ¿Puede firmar aquí?

Maxie firmó y el hombre desapareció a toda prisa.

Maxie agarró el paquete y se fue a la cocina.

Abrió la caja y sacó un bonito vestido de satén, de color lavanda, sin mangas. Dentro había una nota que decía: Póntelo esta noche.

No había ningún nombre en la tarjeta, pero no hacía falta.

Una hora más tarde, recibió los zapatos, que resultaron ser unas sandalias plateadas. No sabía cómo Connor había averiguado su talla, pero le quedaban perfectamente.

Una hora antes de que él llegara, recibió una delicada gargantilla de plata, tan frágil que parecía hecha de hilos de plata.

Maxie se preguntó si Connor sabía que no había ningún lugar en cien kilómetros a la redonda al que se pudiera ir vestida de aquel modo. Pero, en cualquier caso, se lo había pasado estupendamente, componiendo su atuendo, maquillándose y peinándose. Hacía dos años que no lo hacía, y el que no fuera parte de su trabajo la hizo darse cuenta de que era divertido.

El timbre sonó a las siete en punto. Maxie se miró por última vez al espejo antes de ir a abrir.

–¡Dios mío, qué…! –Connor la miraba de arriba abajo admirado. Se puso la mano sobre el corazón como si necesitara cierta ayuda para que continuara latiendo–. Estás… estás…

Ella se miró el vestido, mientras se mordía el labio inferior.

–¿Qué?

–No tengo palabras para describir lo que siento –la miraba de arriba abajo–. Estás más hermosa de lo que jamás te haya visto en ninguna fotografía.

Ella sonrió, mientras lo miraba, vestido con un traje negro, y una camisa blanca que contrastaba con su piel oscura.

–Tú tampoco estás nada mal –dijo ella con una gran sonrisa–. Les vas a encantar cuando te vean así vestido en la bolera.

–¿La bolera? ¿Quién ha dicho que vamos a la bolera?

–Es el único sitio que está abierto el sábado por la noche –dijo

ella, pero él no parecía dispuesto a explicar nada. Sacó una flor que llevaba en una pequeña bolsa–. Yo pensaba haberte comprado una orquídea, pero la señora de la floristería me ha dicho que todo el mundo llevaba margaritas.

–¿Todo el mundo? ¿Quién es todo el mundo?

–Estás muy preguntona esta noche –Connor la miró de nuevo–. Estás tan guapa, que casi me duele mirarte.

–No te he dado las gracias por los regalos. Tienes un gusto excelente. ¿Cómo sabías mi talla?

–Ya sabes, tengo mis fuentes.

–Gracias. No me había sentido así desde… bueno desde hace mucho.

–Yo tampoco –dijo él–. Y cada vez va a mejor… ¿Estás lista?

–Me niego a ir sin que me digas adónde.

–Bien, pues me iré solo.

–Eres un cabezota –Maxie hizo un cómico gesto y se volvió hacia la puerta–. De acuerdo, te sigo.

Él abrió la puerta y le hizo un gesto de que pasara.

–Prefiero que vayas delante, la vista es mucho mejor.

Al llegar al aparcamiento del instituto se preguntó si realmente aquello había sido una buena idea. Estaba sentado junto a Glitter Baby, la mujer que más veces había sido portada de las revistas de moda y la llevaba a una fiesta de colegio.

Observó con cierta ansiedad el modo en que ella miraba de un lado a otro.

–Tú madre me dijo ayer que nunca habías estado en una fiesta de instituto, así que pensé que quizá te gustaría disfrutar de algo que no tuviste.

–Connor…

–Sí, ya sé que es una estupidez, especialmente para alguien que se ha recorrido el mundo entero, pero…

Se volvió y lo besó tiernamente en la mejilla.

Lo que él vio fue como una visión celestial: una nube de cabellos enmarcando aquel rostro hermoso, sus ojos de color violeta llenos de lágrimas y aquellos labios que lo dejaban sin habla y sin razón.

–Nunca nadie ha hecho nada como esto por mí en toda mi vida –las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

Connor todavía no sabía si era algo bueno o algo malo.

–¿Entonces, está bien la idea?

–¡No sabes hasta qué punto está bien! –susurró, consciente de un

nuevo sentimiento que acababa de surgir dentro de ella. Ningún hombre le había hablado con el corazón jamás, nadie lo había intentado.

Connor por fin se relajó. Ella lo había entendido. Aquella noche estaba dedicada a todos sus deseos infantiles y sueños medio olvidados. Él quería hacer que se convirtieran en realidad.

–Vayámonos, Cenicienta, es hora de ir al baile.

Maxie se había preguntado muchas veces cómo sería un baile de instituto. Ya lo sabía y, sin duda, estaba disfrutando mucho más de lo que habría disfrutado en aquel entonces.

El baile tenía lugar en el gimnasio del colegio. El techo estaba repleto de globos y abundaban los vestidos rosa.

Maxie y Connor eran objeto de muchas miradas, pero, por primera vez, no le importaba. Lo más probable era que ninguno de aquellos adolescentes jamás hubieran oído hablar de Glitter Baby, lo que le parecía maravilloso.

Bailaron sin parar, disfrutaron de las galletas y el ponche y volvieron a bailar.

Maxie no sabía qué música sonaba, pues su atención estaba centrada en el olor de Connor, en la sensación que le provocaba estar cerca de él, su mejilla contra la de ella. Luego su risa, cuando habían salido a disfrutar de la brisa de la noche, y más tarde su beso, dado a escondidas, como un adolescente.

Cuando la última pieza del baile terminó, eran justo las doce.

Él miró el reloj.

–Bueno, jovencita. ¿No deberías de estar en casa a medianoche?

Maxie lo miró fijamente durante un rato, sabiendo a la perfección lo que sentía su corazón y lo que decían sus ojos.

–Me lo he pasado maravillosamente bien –le dijo–. Nunca te daré suficientemente las gracias por esta noche. Pero ahora quiero que te vengas a casa conmigo y me dejes seducirte.

Él se quedó anonadado, sin saber cómo responder durante unos segundos.

–Esto nunca me ocurrió a mí en el instituto.

Ella sonrió.

–Soy una descarada, ¿verdad? Por favor, vente a casa conmigo.

Connor decidió que si estaba soñando, no quería volver a despertar jamás.

Capítulo Ocho

La casa de Maxie reposaba entre sombras. El único ruido que se oía en varias millas a la redonda procedía de una esquina del salón.

–Es Boo –le explicó Maxie, al ver que se detenía después de dar tres pasos–. Tiene asma y ronca, por eso le hago dormir aquí en lugar de hacerlo en mi habitación.

Connor tomó nota. No volvería a roncar jamás.

–Ni siquiera se ha despertado al oírnos llegar. De no ser porque ronca, no sabría que estaba aquí. ¿No se supone que este es tu perro guardián?

–Sí, pero no es su turno. Le toca al conejo Harvey mantener la guardia –encendió la luz y se volvió hacia él. Connor la miraba fascinado. La suave luz le daba una belleza etérea y mágica.

–Estás muy callado, ¿te ocurre algo?

–Es que tengo la sensación de que esto no puede estar ocurriéndome a mí, que debe de ser un sueño.

–¿Eso es lo que hay entre nosotros? ¿Solo un sueño?

–No puede ser –Connor se quitó la chaqueta. Llevaba el botón del cuello de la camisa abierto y las mangas subidas. Maxie intuía que no estaba tan relajada como fingía estar.

Se aproximó a ella y la agarró de la cintura, como si aquello fuera todo lo que había deseado en su vida.

–Maxie Calhoon, después de esta noche el mundo no te volverá a ver igual.

–Me importa muy poco el mundo –le susurró ella–. Lo único que me importa eres tú.

Connor la besó suavemente, moviendo su boca contra la húmeda sensualidad de la de ella. Le encantaban sus labios, no se cansaba de ellos. Cuando el beso comenzó a convertirse en algo salvaje, él se apartó de ella y la tomó en sus brazos.

Ruborizada y hambrienta de él, dejó que la llevara hasta el dormitorio. Se sentaron juntos en la cama y comenzaron a acariciarse. Se besaron hasta que sus respiraciones se hicieron urgentes y entrecortadas.

Se tumbaron y Connor colocó a Maxie encima de él. Con ropa o no, la postura era provocativa. Sus besos fueron creciendo cada vez

más, cada vez más desesperados. Ella hundió los dedos en su pelo y apretó los senos contra su pecho, ansiosa por tenerlo todo de él.

Connor quería besarla aún más, moviendo la cabeza de lado a lado. Podía sentir sus cabellos sobre el rostro, el movimiento instintivo de su pelvis. Su hambre era el más potente afrodisíaco. Lo deseaba con la misma fuerza con que él la deseaba a ella.

–Tengo que advertirte… –le susurró él. Ella susurró al sentir las manos de él sobre sus senos a través del satén–. Te voy a quitar este vestido.

Connor le bajó la cremallera y le quitó el vestido. Él la miró de arriba abajo y ella se quitó la ropa interior.

Le desabrochó el cinturón del pantalón y los botones de la camisa. Necesitaba verlo, necesitaba sentirlo y lo que vio y sintió fue mucho mejor de lo que había imaginado. Su piel estaba bronceada y tenía una musculatura fuerte y poderosa. Era realmente hermoso.

Connor la deseaba con una urgencia completamente desconocida para él

La única luz que había procedía de la luna llena que se colaba por la ventana. Los bañaba en frías sombras e iluminaba sus rostros y sus cuerpos justo lo que era necesario.

Maxie solo llevaba la gargantilla plateada, y su piel relucía bajo los rayos como si fuera marfil. Tenía una sonrisa amorosa y feliz en los labios, el pelo le caía como un velo hasta los hombros. No había duda, ni miedo en ella. Lo quería todo y confiaba plenamente en él.

Cuanto más cerca estaban el uno del otro, más cerca necesitaban estar.

Maxie no podía aguantar más el extraño y cálido deseo que se había encendido entre sus piernas.

–Necesito… Quiero… –no podía terminar las frases–. Ayúdame.

–Lo voy a hacer, cariño –Connor carraspeó, tratando de respirar, de pensar y de sentir, todo al mismo tiempo–. Tengo que ser cuidadoso y usar algún tipo de protección.

–No hace falta. Llevo dos años tomando pastillas, esperando que algún día encontraría alguien como tú. Así que puedes…

–Bien, ya sé –sus manos recorrieron y acariciaron sus brazos, sus senos. Luego bajaron y bajaron, hasta el lugar secreto. Ella se estremeció.

Tenía los ojos muy abiertos y se agarró a sus hombros como si en ello le fuera la vida. Él sabía lo que ella necesitaba.

–¿Qué quieres? –le susurró–. Dímelo.

–Lo sabes. Te quiero dentro de mí, Connor –estaba casi gritando.

En un delirio de pasión, enroscó las piernas a su cuerpo, tratando de acercarse más a él–. Te quiero, te necesito dentro de mí, ya.

Nunca en su vida había visto Connor una belleza igual.

–No sabes lo que significa que me digas eso. Eres un ángel…

Ella se mordió el labio.

–Connor, ¿estás tardando deliberadamente?

–Sí.

–Pues no lo hagas, porque ya no puedo más. Me voy a volver loca.

La besó suavemente en los labios y lentamente se abrió paso dentro de ella. A pesar de ser la primera vez, no hubo casi dolor, solo el placer del alivio. Sus labios se entreabrieron.

–¡Oh!

–¡Esto es maravilloso! –susurró Connor, tratando de controlarse con toda la fuerza de voluntad que tenía.

–Sí, lo es –susurró Maxi, que quería todo de él. Poco a poco fue relajando los músculos–. Puedes entrar más.

–¿Estás bien? –le preguntó él, con la respiración acelerada.

–Sí… ¡No! Necesito más, por favor –le encantaba la sensación de tenerlo dentro de ella.

Connor comenzó a moverse lentamente, para mantener el control y cada vez el placer era mayor, hasta que, al fin, oyó su grito de placer en un clímax único. Él también gimió y hundió los dedos en el pelo de ella.

El éxtasis no parecía tener fin, era tan poderoso, único, que Connor se sintió como si hubiera muerto y hubiera resucitado de nuevo.

Dos de la madrugada.

–¿Connor? ¿Estás dormido?

–Más o menos –farfulló él. ¿Qué pasa?

–He tenido un mal sueño –dijo ella y le besó un hombro–. Hazme sentir mejor.

Cuatro de la madrugada.

–¿Maxie, cariño?

–¿Sí?

–Tengo frío –pasó el dedo por el provocador valle de entre sus senos–. ¿Puedo entrar dentro de ti?

–Sí, por favor.

Connor abrió los ojos en una habitación completamente inundada de luz. Lo sorprendió descubrir que no era un sueño, después de todo. Ella estaba allí, tendida a su lado, durmiendo profundamente.

Pobrecita. Había llegado a agotarla. Él también estaba exhausto.

La miró fascinado. Solo le venía una palabra a la mente para describir la imagen de lo que tenía delante: preciosa.

Se sentía como un hombre nuevo, que por fin había encontrado la felicidad. A diferencia de lo que habían sido todas sus otras relaciones, aquella no le había dejado ninguna sensación de soledad, ni de desilusión. Algo permanecía ardiendo en su piel.

Por primera vez en su vida, Connor había entendido la diferencia entre hacer el amor y amar. Era su corazón el que regía, y la vida ya no volvería a ser igual. Antes de aquello, antes de conocer a Maxie, todo había sido una gran farsa, una mentira. Había habido sueños de deseo, ilusiones en las que parecía que había necesidad, pero nunca había habido verdadero amor.

–¿Por qué has tardado tanto en dar conmigo? –le susurró, a pesar de saber que estaba dormida y que debía dejarla, pero con la esperanza de que se despertara. Él suspiró, al sentir que ella farfullaba algo ininteligible.

Si se quedaba allí, junto a ella, a su lado, no podría evitar volver a hacerle el amor.

Se levantó y buscó en el armario una bata. Había una de color rosa que parecía casi un edredón. La agarró y se la puso. Luego salió de la habitación.

El perro estaba roncando. La familia Calhoon dormía.

Su intención era hacer el desayuno y llevárselo a la cama, luego seguirla por todo el rancho, mientras ella hacía sus tareas. También tenía maravillosas fantasías sobre lo que podrían hacer en el pajar, aunque no sabía si habría un pajar.

Nunca se había sentido tan feliz en toda su vida.

Boo levantó la cabeza cuando Connor pasó por el salón. El perro abrió la boca y se desperezó, dispuesto a seguir durmiendo. El mínimo esfuerzo parecía agotarlo.

Connor se dirigió a la puerta principal.

–Sal, haz tus cosas y cuando vuelvas te habré preparado un estupendo desayuno –le dijo al perro.

Connor abrió la puerta y se quedó petrificado al ver a Morris, su ayudante, que se disponía a llamar. Pero lo peor era que Morris no estaba solo. Había varios vehículos aparcados en la carretera, la mayoría de ellos con logotipos de televisión. Gran parte de los ocupantes estaban fuera, con las cámaras apuntadas hacia Connor. Todo el mundo empezó a hablar a la vez, lanzando preguntas sobre Glitter Baby.

–¿Qué demonios es todo esto?

Connor agarró a Morris de la camisa, lo metió en la casa y cerró la puerta.

–¿Qué demonios es esto? ¿Has traído tú a toda esta gente?

–No, claro que no. Yo tengo un coche diminuto, no caben todos.

–Sabes lo que quiero decir, Morris. ¿Cómo demonios me has encontrado?

Morris parpadeó confuso.

–Soy un reportero, ¿lo has olvidado? Fui a tu hotel y no estabas, así que miré en la guía la dirección de Maxie Calhoon. Tal y como tú me dijiste, ahí estaba.

–¿Y los demás?

–Glitter Baby es una gran noticia. Sabes tan bien como yo que era solo una cuestión de tiempo el que llegaras a encontrarla. Míralo por el lado bueno. Gracias a mi ingenio conseguimos la entrevista.

–Un momento, Morris. ¿Qué es eso de que lo conseguimos gracias a tu ingenio? ¿Qué has hecho?

Morris resplandeció, convencido de que aquella era su oportunidad de demostrar su valía.

–Simplemente me aseguré de que consiguieras la entrevista. ¿Has sufrido alguna mutación de personalidad o qué te pasa? Me dijiste que tenía problemas financieros y que iba a pedir una hipoteca. Me ocupé de que no se la dieran.

–¡Dios santo! –Connor se sentó y hundió la cabeza entre las manos–. Debería de haberme imaginado algo así.

Morris estaba incluso un poco molesto.

–¿Por qué me contaste lo de ese crédito si no querías que hiciera nada con ello? Tú sabes cómo se juega a este juego, no eres ningún novato, Connor.

–Así que, después de que te contara lo del crédito… –la voz de Connor sonaba como un susurro casi inaudible–. ¿Qué hiciste exactamente?

–Fui a una agencia de Nueva York que clama que Glitter Baby tiene una deuda con ellos y los incentivé para que pusieran una

denuncia y le bloquearan la cuenta. No tienen intenciones de llegar a los tribunales, pero para cuando ella descubra eso, ya habremos conseguido lo que queremos. Ha funcionado exactamente del modo en que yo lo había previsto –Morris hizo una pausa, esperando la respuesta de Connor–. Tú querías una entrevista con ella. Eso es lo que te he conseguido.

Cada vez las cosas iban a peor.

Connor echó la cabeza hacia atrás. Aquello iba a causarle a Maxie un dolor innecesario y todo era culpa suya.

–Tienes razón, Morris, no soy un novato. Debería de haber sabido que esto ocurriría.

–Te estás comportando como si todo esto fuera un problema, cuando eso era lo que queríamos.

–Sí, claro, esto no es más que un sueño hecho realidad –dijo Connor triste y desconcertado–. ¿Dónde está el equipo?

–Están en la habitación de tu motel. He tenido que chantajear al recepcionista para que nos dejara entrar. A las seis de la mañana ya no había ni una sola habitación libre en toda la ciudad. Está todo lleno de cámaras.

El teléfono empezó a sonar. Connor maldijo entre dientes. Maxie se iba a despertar en mitad de aquel zoo.

–¿Qué voy a decirle?

–No lo sé. Pero, si yo fuera tú, me pondría otra cosa. Hay una docena de fotógrafos dispuestos a fotografiar a Connor Garret con una bata rosa y no es un color que te siente bien.

–¡Yo le he hecho esto a Maxie! –dijo Connor–. No era así como yo quería que fueran las cosas.

–Por cierto, hablando de cómo han sido las cosas, ¿ha ocurrido algo entre vosotros?

–Eso no es asunto tuyo.

Morris silbó admirado.

–¡No me lo puedo creer! Lo has conseguido, ¿verdad? Te admiro. Cualquier hombre en América desearía acostarse con Glitter Baby, ¡y tú lo has conseguido!

Antes de que Connor pudiera decidir si le iba a partir la cara o no, vio que Maxie estaba en la habitación, vestida con camisa blanca. Por el gesto de su rostro, estaba claro que había oído demasiado.

–Maxie –dijo él con urgencia–. Al menos, dame la oportunidad de explicarme…

–¿Quién es usted? –le preguntó a Morris.

Morris estaba atónito, mirando a Maxie, a lo que contribuía su

escaso atuendo. Movió la boca para responder, pero no logró articular sonido alguno.

–Se llama Morris y es parte del equipo de reporteros. Ha venido a advertirnos. Escucha, está todo lleno de periodistas. No sé cómo te han encontrado, pero…

Maxie se sentó en el borde del sofá. Sus movimientos eran rígidos, como si realmente estuviera dolorida.

–No importa.

–¿Qué quieres decir con eso de que no importa?

Lo miró como si fuera la primera vez que lo veía.

–Lo único importante es que has conseguido acostarte con Glitter Baby.

Capítulo Nueve

Maxie se había dormido sumergida en un sueño y se había despertado en una pesadilla.

Claro que la pesadilla no le era ajena. La conocía demasiado bien: el teléfono tendría que estar descolgado, las cortinas corridas. Connor había pedido ayuda al sheriff, que envió a dos de sus ayudantes para evitar que los fotógrafos y reporteros se acercaran a la casa.

Por desgracia, no había forma de hacer que dejaran la calle, pues no existía ningún impedimento legal para que estuvieran allí. Maxie se sentía atrapada, con el enemigo metido dentro de su casa.

–Tienes que hablar conmigo –le dijo Connor–. Maxie, por Dios, tú sabes lo que siento por ti. Por «ti», no por un producto del marketing como Glitter Baby. No puedo evitar que Morris sea un necio y que su boca siempre diga cosas incongruentes. No deberías de haber oído nada.

–Supongo que no –dijo Maxie, sin moverse de su posición fetal, sentada en la cama con las rodillas abrazadas, y mirando por la ventana–. Lárgate de aquí, Connor.

Connor protestó y se golpeó ligeramente la cabeza contra la puerta.

–Maxie, voy a cancelar la entrevista, despediré a Morris y dejaré mi trabajo, si eso es lo que tú quieres. Haré cualquier cosa, pero, por favor, vamos a hablar. Dime cómo puedo ayudarte.

–No necesito tu ayuda –Maxie no pudo evitar un río de lágrimas. Trataba de combatirlas, pero no podía. Sin embargo, no estaba dispuesta a dejarse abatir. Había pasado por situaciones parecidas otras veces–. Tengo práctica en este tipo de cosas. Ya me han mentido, utilizado y perseguido. Puedo arreglármelas.

Connor sabía que todo aquello había sido culpa suya. Claro que no era un novato en la profesión y debería de haber previsto aquello. Pero se había enamorado y había perdido la noción de lo que iba a ocurrir.

Además, jamás se lo había dicho, jamás le había confesado que la amaba.

Se sentó en el suelo y apoyó la espalda en la puerta del

dormitorio. Se había quitado la bata rosa y se había puesto el elegante traje negro de la noche anterior, todo arrugado, que le daba un aspecto igual de estúpido.

¿Cómo había sucedido todo aquello? ¿Cómo podía todo haberse derrumbado a tal velocidad? Había echado a Maxie a los lobos y había dejado de confiar en él.

–¿Maxie? –había un tono de sentida culpabilidad en su voz–. Escúchame, por favor. No tienes que decir nada. Sé que debería de haberte protegido, pero, en lugar de eso… ¡Maldita sea! Lo tenías todo antes de que yo apareciera: tus vacas, Harvey, tu tierra, tu jardín. Y, entonces, vine yo y lo estropeé todo, todo por lo que has luchado. Yo no quería que esto ocurriera, créeme…

La puerta de la habitación se abrió de repente. Al alzar la vista, vio a Maxie con su pantalón de peto. Parecía recobrada y dispuesta a todo.

–¿Adónde vas? –preguntó Connor.

Maxie pasó por encima de él con desprecio, como si fuera un insecto.

–¿Has visto mis botas de goma?

–¿Las botas de goma?

–Sí.

–Están junto a la puerta –Connor se levantó y la siguió hasta el salón–. Maxie, ¿adónde vas?

–Tengo muchas cosas que hacer, ya has visto que aquí hay mucho trabajo.

Connor vio sorprendido cómo se ponía las botas de goma.

–¿Vas a salir?

–Connor, lárgate muy lejos.

–Puedes decirme que me vaya, pero yo no lo voy a hacer. No pienso dejarte sola ante toda esta locura. Me necesitas y voy a quedarme a tu lado.

–¿Estás de broma? –Maxie soltó una carcajada cínica–. Connor, no te sobrevalores. No te necesito para nada. No he perdido nada, más allá de mi virginidad, pero eso lo he hecho porque he querido, y no te sientas culpable, porque me lo he pasado muy bien.

Connor cerró los ojos dolido.

–Maxie, tú sabes que ha sido mucho más que eso. Sé que estás dolida, pero no conviertas todo en algo sórdido.

–Nunca he dicho que fuera algo sórdido. Ha sido una diversión. Quizá consigas un aumento de suelo por haberme encontrado. La maniobra del banco fue impresionante.

–Ya te he dicho que eso fue idea de Morris.

–¿Y quién le dijo a Morris lo de mi crédito?

–Yo.

Maxie se encogió de hombros.

–Como ya he dicho, seguramente conseguirás un aumento de suelo. ¿Has visto mis guantes?

–Sí, están en el porche –le dijo Connor–. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Vas a salir así vestida delante de todos esos fotógrafos?

Ella lo miró, como si no pudiera creer lo que estaba oyendo.

–Estoy así vestida porque tengo que ordeñar a mis vacas antes de que exploten. Seguramente estaría mejor ante las cámaras con el vestido que me compraste, pero no sería muy práctico y, además, no creo que quedara bien con las botas de goma. Voy a salir tal y como salgo cada mañana. Me importa muy poco que mi atuendo no esté a la altura de Glitter Baby.

–¡Me importa un rábano Glitter Baby! –Connor trató de abrazarla, pero ella se apartó–. De acuerdo, tú consideras que tienes que salir así para dejar constancia de algo ante esos reporteros. Pues yo iré contigo.

–¡Un momento! –Maxie no quería malentendidos. Más que nunca necesitaba que él supiera cuál era su postura–. No te necesito. No tengo ningún miedo a salir así, no me importa lo que el mundo opine. Puede que no entiendas que estoy orgullosa de ser quien soy. Cuando me miro al espejo me siento feliz de ver lo que veo. ¿Puedes tú decir lo mismo?

–¿Y nosotros?

–¿Nosotros? –repitió Maxie–. No hay nada parecido a «nosotros». No sé con quien te acostaste anoche, pero no era Maxie. Así es que, obviamente, no hay «nosotros».

–No me hagas esto, Maxie. Tú sabes muy bien con quién estuve anoche.

–No, no lo sé y eso no me gusta. Ya no me comprometo con nada ni con nadie. No vale el precio que te hace pagar. Si tengo que estar sola, lo estaré.

Aparecieron lágrimas en sus ojos y ella decidió no luchar contra ellas.

–No me apartes, Maxie. Déjame que te ayude.

–¿Ayudarme? –Maxie se aproximó a la ventana–. ¿Tú crees que yo necesito ayuda para esto? No, Connor. Esto es un juego de niños para mí. Sí, admito que he tenido un momento de debilidad, pero ya está superado. Mi cabeza está en su sito, tengo el corazón herido, pero no roto. No necesito a nadie y menos a ti. Cuando regrese, no quiero verte aquí, Connor.

–¿Qué?

Lo miró directamente a los ojos con total frialdad.

–No vuelvas jamás.

Connor vio cómo salía en dirección al establo. Un montón de preguntas comenzaron a resonar. Cerró la puerta y la miró desde la ventana.

Aquella mujer era todo lo que siempre había buscado. Estaba preocupado por ella y sus propias emociones comenzaban a atormentarlo.

Cerró los ojos y respiró profundamente. Le dolía cada célula de su cuerpo. No podía escaparse de aquella orden maldita que se repetía una y otra vez dentro de su cabeza.

«No vuelvas jamás».

Sentía que se le acababan de cerrar las puertas del cielo.

Cuando Maxie regresó de ordeñar a las vacas, los periodistas seguían allí, pero Connor se había ido. Lo que no pudo anticipar fue la sensación de vacío que su ausencia le iba a provocar al entrar en la casa. Estaba llena de cosas que le recordaban a él, signos de su tiempo juntos por todas partes: las sábanas revueltas, el vestido de la noche anterior, las dos entradas del baile. Aquí y allí detectaba su aroma y le evocaba poderosos y sensuales recuerdos.

Pero para él lo único realmente importante era que se había acostado con Glitter Baby.

A pesar de la entereza que había mostrado hasta entonces, se echó a llorar. Le dolía el alma como no le había dolido jamás. Fueran cuales fueran sus sentimientos por Connor, y temía que se tratara de amor, no podía fiarse de él. Todo había sido una trampa para atraparla.

Había llegado a creer que quien realmente le gustaba era Maxie Calhoon, pero se había llegado a dar cuenta de que no era así. Por lo que había dicho Morris, para Connor acostarse con Glitter Baby era un verdadero trofeo a obtener.

Llamó a su madre y le contó todo lo sucedido.

–¿Qué quieres decir con «cuando nos levantamos»? –preguntó Natalie–. ¿Qué significa exactamente ese «nos»?

Sin duda su madre sería una estupenda espía.

–Quería decir «cuando me levanté».

–No te creo, Maxie. Siempre sé cuándo me mientes. Anoche ocurrió algo, ¿verdad? Después de que Connor te llevara al baile…

–Mamá, no estamos hablando de mi vida amorosa ahora. ¿Me quieres escuchar?

–No sabía que tuvieras una vida amorosa, esto es muy interesante.

–Lo que tenga o deje de tener no es lo que importa. De lo que te hablo es de que ya no hay secreto, mi casa ha sido tomada por asalto y Connor Garret no es diferente a los demás. Quería utilizar a Glitter Baby para su beneficio y yo se lo he permitido.

–Pues, fíjate, pero mi intuición femenina me llegó a decir que tú y él podríais llegar a… Supongo que estaba equivocada.

–Supongo que yo también –dijo Maxie y se quitó las lágrimas con impaciencia. Se recordó a sí misma que no era una víctima. Se había encontrado con una piedra en el camino, eso era todo–. No sé lo que voy a hacer. Estoy de nuevo donde estaba hace unos días. No tengo dinero, no tengo crédito y no tengo a Con… no tengo opciones.

–Bueno –dijo Natalie–. Al menos puedes alegrarte de no estar en la ciudad. El lugar está literalmente infestado de cámaras. ¿Sabes lo que voy a hacer? Voy a agarrar la maleta y me voy a ir para tu casa. Compraré comida de camino hacia allí.

–Me parece estupendo. Que no se te olvide traer una buena provisión de espaguetis de sobre, y chocolate, y…

–Sí, ya sé. La caballería va de camino, cariño.

Maxie colgó el teléfono y regresó a su dormitorio. Se tumbó en posición fetal. Se suponía que eso era algo terapéutico, pero ella cada vez se sentía más exhausta y dolida.

Lo echaba de menos.

Las primeras fotografías de la prensa amarilla aparecieron al día siguiente. Connor sintió ganas de darle a más de uno una paliza.

Maxie aparecía en una vestida con su ropa de trabajo y un titular que decía: Glitter Baby reaparece convertida en el viejo McDonald.

En otra, había una foto en la que aparecía él con la bata rosa y ella llorando: La tragedia de Baby Glitter. Detalles en el interior.

Morris tenía razón, el rosa no le sentaba bien. Quizás, en otras circunstancias todo aquello le habría resultado francamente divertido, pero en la situación dada no lo era.

Seguía en el motel Oakley, compartiendo su habitación con los miembros del equipo y con Morris.

Ya había dejado de intentar contactar con Maxie. Tenía el teléfono descolgado desde el día anterior, lo cual era comprensible. No le extrañaba que estuviera furiosa con él, pero sí le echaba en

cara el que no le hubiera dado la oportunidad de explicarse.

La gente del equipo empezaba a sentirse nerviosa, pues cuando preguntaban si podían irse a casa obtenían un rotundo no.

Morris empezó a hablar de Alan Greespan de nuevo y casi se llevó algo aún más «rotundo» que un «no».

La verdad era que Morris no había hecho nada fuera de lo común, pero hasta entonces a Connor no lo había molestado.

Alrededor del mediodía se oyó una llamada en la puerta. Connor pensó que quizá pudiera ser Maxie.

Pero no. Era Jacob Stephens.

–Eres tú –dijo Connor.

Jacob levantó su canosa ceja.

–Por tu reacción intuyo que esperabas a otra persona.

Connor forzó una sonrisa.

–No siempre aparece lo que uno espera.

Jacob miró de un lado a otro de la habitación y se puso a contar cabezas.

–¡Cuánta gente hay aquí! Por favor, ¿podríais salir todos un momento?

Jacob era un hombre de naturaleza tranquila, pero con autoridad. Nunca daba una orden dos veces. La habitación se limpió a toda velocidad. Connor se sentó al borde de la cama y Jacob acercó una silla.

–Siento que el lugar sea tan pequeño. No hay otra habitación en toda la ciudad.

–Cuando me llamaste anoche, mi dijiste que haber encontrado a Glitter Baby era como haber encontrado oro. Todo el mundo quiere la oportunidad de obtener un beneficio.

–No la llames Glitter Baby. Se llama Maxie Calhoon.

Jacob observó a su reportero con extrañeza. Su actitud desenfadada había desaparecido. Parecía cansado y tenso. No se había afeitado y la camisa que llevaba estaba arrugada, como si hubiera dormido con ella.

–Tienes mal aspecto –le dijo.

–Estoy bien.

–Llevas calcetines de dos colores diferentes.

Connor se miró los pies.

–Empezaré una nueva moda.

–Como la de llevar batas rosa.

Connor lo miró.

–Mis antiguos compañeros de fútbol se van a reír un montón a mi costa. Jacob, lo siento, sé que lo he estropeado todo. También sé

que necesitaba esa entrevista.

–Vamos a tener esa entrevista –respondió Jacob.

Connor lo miró interrogante.

–¿Qué quieres decir? Si ayer me echó de su casa…

–Bien, te lo diré de otro modo. Yo voy a entrevistarla. Maxie Calhoon me llamó anoche. Quiere que sigamos adelante con la entrevista, siempre y cuando no seas tú el que le haga las preguntas.

–Ya –Connor tardó unos segundos en recobrarse de la noticia–. Supongo que no puede culparla. ¿La vas a entrevistar tú?

–Eso fue lo que ella sugirió –respondió Jacob–. Me comentó que necesita el dinero, pero que ese no era su único motivo. Quiere dejar claras una serie de cosas frente a las cámaras.

–Sí, supongo que será por eso, entonces. Sabe muy bien lo que quiere –Connor apretó la mandíbula.

Jacob lo miró pensativo.

–¿Recuerdas lo que te he dicho tantas veces sobre no dejar que el placer se mezcle con el trabajo?

Connor se ruborizó.

–¿Sí?

–¿Es eso lo que ha ocurrido?

–No exactamente. Se trata de mucho más que placer. Digamos que es más bien «amor» lo que está interfiriendo.

Jacob silbó sorprendido.

–¡Vaya! Pensaba que nunca llegarías a encontrar a nadie realmente especial.

–Pues te puedo asegurar que lo he encontrado. Pero creo que ella no opina lo mismo, ni siente lo mismo por mí.

Jacob se levantó y se dirigió hacia la ventana.

–¿Estás seguro de eso?

–Me lo ha dejado muy claro –afirmó Connor.

Jacob se volvió hacia él.

–He estado hablando con Morris y me lo ha contado más o menos todo. Lo que ha ocurrido no ha sido culpa tuya.

Connor sintió que algo dentro de él se estaba rompiendo.

–Ahí es donde te equivocas. Yo conozco este negocio, Jacob, sabía lo que iba a suceder y, a pesar de todo, dejé que pasara. Traté de estar el mayor tiempo posible con ella, sin pensar en los riesgos. Ahora es ella la que tendrá que pagar por todo.

Jacob lo miró con una media sonrisa.

–Estoy francamente impresionado. Nunca jamás te había visto sentir remordimientos, especialmente cuando se trataba de alguien que apenas conocías.

–¿Tan malo he sido?

–No, claro que no. Siempre estabas de buen humor. Por eso me preocupas ahora. Durante toda tu vida, las cosas te han resultado siempre demasiado fáciles. Nunca te ha importado nadie lo suficiente como para arriesgar tu cuello. Sin ese tipo de vulnerabilidad el amor no puede existir.

–Pues ahora realmente me importa alguien.

–¿Preferirías que no siguiéramos adelante con la historia?

Connor sentía cierto resentimiento de que Maxie no quisiera hacer la entrevista con él.

–Ya no tiene nada que ver conmigo. Ha sido a ti a quien ha llamado.

–¿Qué quieres decir? Tú has estado en esto desde el principio.

–Pues ya no –dijo Connor repentinamente–. Voy a deshacer el entuerto que he formado y, después, me marcharé a casa. Siento que esto te haya puesto en una mala posición. Haré lo que sea necesario por ayudarte, pero no puedo seguir adelante como si nada hubiera sucedido.

Jacob le puso la mano sobre el hombro.

–No estoy preocupado por la entrevista. He sido reportero durante veinte años y puedo arreglármelas.

–Bien –dijo Connor–. Entonces todo está organizado.

–Me gustaría que me hicieras un favor. Quiero que te quedes por aquí hasta que la entrevista haya terminado. Después de eso, aceptaré tu renuncia.

Connor sonrió forzadamente.

–No me vas a necesitar, Jacob. Tú eres un profesional.

–No me hagas reír.

Connor se encogió de hombros.

–Bueno, después de todo lo que has hecho por mí, supongo que eso es lo mínimo que yo puedo hacer por ti. Pero quiero que sepas que me dijo que no volviera a aparecer por allí.

»Pero yo no puedo dejar de pensar en ella, y tampoco quiero que deje de importarme. Es alguien muy especial.

–Viéndote y oyéndote, se llega a la conclusión de que debe de ser así –dijo Jacob con una mirada infinitamente amable–. No desesperes, muchacho. Nunca se sabe lo que nos deparará el destino. Eso es parte de la emoción de la vida.

–¿Parte de la emoción o parte del dolor?

–Es curioso que toda esta historia haya terminado por convertirte en un cínico. Date una ducha. Te esperaré abajo con el equipo dispuesto para rodar. Ella me espera en su casa a mediodía.

–Te espera a ti –dijo Connor–. Yo voy a ser una verdadera sorpresa.

–Sí es así –respondió Jacob mientras se dirigía hacia la puerta– esto va a resultar muy divertido.

Capítulo Diez

En su vida había ocurrido una catástrofe pues, no solo tenía el corazón herido, sino que había perdido el apetito.

–Tienes que comer –le dijo Natalie, mientras miraba a su hija desde el otro lado de la mesa–. Te he hecho sopa de pollo, que ya sabes que lo cura todo. Pero no te va a ayudar si no te la comes.

–Nada va a curarme –dijo Maxie, mientras le daba vueltas en círculo a la sopa con la cuchara–. El daño es permanente.

Natalie suspiró.

–Cariño, eres mucho más fuerte de lo que tú crees. Si no quieres la sopa, come chocolate. Siempre te ha levantado el ánimo.

–Lo sé, pero por culpa de ese hombre ya ni siquiera puedo comer chocolate.

–Entonces sí que es un monstruo. Si lo tuviera delante le pegaría un puñetazo.

Maxie parpadeó confusa.

–¿Un puñetazo?

–Sí, por haberte engañado de ese modo. No hay palabras para describir a hombres como él. Y eso que parece alguien en quien se puede confiar. ¿No estás contenta de que haya desaparecido de tu vida?

–Feliz…

–Si yo fuera tú, lo denunciaría.

–Mamá, creo que te estás pasando un poco. No me ha secuestrado, solo me ha engañado emocionalmente.

–¡Un monstruo! Cualquier hombre que miente a una mujer para acercarse a ella solo porque es famosa es un monstruo.

–Yo nunca he dicho que me mintiera, simplemente no me dijo la verdad.

–¿La verdad respecto a qué? –Natalie miró a su hija.

–Bueno… –Maxie se quedó en blanco, incapaz de saber qué decir. Se sentía cada vez más frustrada–. No importa, yo sé lo que hizo y no quiero hablar de eso más. Me voy a cambiar de ropa. Jacob Stephens llegará enseguida.

–¿Qué te vas a poner?

Maxie se encogió de hombros.

–Vaqueros, supongo. Ya no soy Glitter Baby. No necesito preocuparme por la imagen que voy a dar.

–Podrías recogerte el pelo –dijo su madre.

–No, no me importa cómo esté mi pelo –Maxie no trataba de poner dificultades sino que, sencillamente, no quería interesarse por su aspecto–. Lo siento, mamá. Sé que no estoy siendo precisamente divertida en este momento. Solo quiero que esta entrevista pase a toda prisa.

–Eres increíble, cariño. Tienes un coraje único –dijo Natalie.

–No, no soy increíble. Como tú me has dicho, me he convertido en un ser «vulgar y corriente». Solo quiero que el mundo entero lo sepa –de pronto, los ojos se le llenaron de lágrimas–. ¡No sé qué me pasa! Pensé que ya había pagado el precio de ser quien fui, creí que había logrado dejar a Glitter Baby atrás. Pero cuando por fin encuentro a alguien…

Se puso a llorar desconsoladamente y no por primera vez en ese día.

–Eres mucho más fuerte de lo que crees, Maxie –le dijo Natalie, mientras la abrazaba–. El resto de tu vida empieza hoy. Créeme cuando te digo que todo va a ir bien.

–Estaba tan segura de que cuando él me miraba realmente me veía a mí. Ahora siento un vacío espantoso.

Natalie le acarició el pelo a su hija.

–Si sigues llorando así, vas a tener un aspecto horrible delante de las cámaras –de pronto, Natalie miró por encima del hombre de su hija y a través de la ventana–. ¡Dios santo!

–¿Qué pasa? –se quitó las lágrimas y se volvió hacia la ventana. Abrió los ojos asustada al ver a un hombre calvo, con chaqueta de cuadros que se encaminaba hacia la casa, acompañado de otro de cabello castaño claro, con el gesto tenso.

–¡Le dije que no volviera a aparecer por aquí!

–Pues no te escuchó –Natalie suspiró y miró a su hija de arriba abajo–. Estás un poco «zarrapastrosa», cariño. Quizá quieras arreglar un poco ese aspecto desastroso que tienes. Claro que, tal vez, así le demuestres que te importa muy poco lo que piense de ti.

–Entretenlos un rato –le dijo Maxie de camino hacia la habitación–. Diles que acabo de ordeñar.

–Pensé que no te importaba tu aspecto –dijo Natalie.

–No, no me importa –gritó su hija desde el otro extremo.

Natalie oyó que la puerta de la habitación se cerraba. Casi al mismo tiempo, sonó el timbre.

–Esto va ser interesante –murmuró, con una pequeña sonrisa–.

¿Quién dijo que la vida en el campo era aburrida?

Connor estaba muy nervioso. Quería desesperadamente ver a Maxie, pero no de aquel modo, no con su jefe y la madre de ella delante. Aquella no era una situación fácil y se arrepentía de haberse dejado convencer para ir hasta allí.

–¿Tardará mucho su hija? –preguntó Jacob–. Quiero hacer algunas tomas fuera mientras haya luz.

–Acaba de ordeñar –mintió Natalie obedientemente–. Se está lavando un poco. ¿Sabe, señor Stephens? No es usted para nada como yo me esperaba.

–¿Sí? –Jacob sonrió cortésmente–. ¿Qué esperaba?

Natalie agitó la mano en el aire.

–Bueno, pues, ya sabe, alguien que… impusiera más.

–¿Quizás alguien más alto? –preguntó él.

Natalie sonrió.

–Nunca se me ocurriría decir algo así.

–Supongo que lo de la estatura también debe de ser difícil para usted, siendo tan excesivamente alta debe de mirar por encima del hombro a todo el mundo.

–No a todo el mundo –respondió ella, manteniendo un fingido tono jovial–. Solo a los bajitos.

Connor sintió que su pánico iba en aumento.

Si aquella conversación continuaba por los mismos derroteros, temía que pudiera acabar muy mal. Connor intervino.

–Ustedes dos tienen un interés común: las antigüedades.

–¿Le interesan las antigüedades, señora Calhoon?

–Algo así –respondió ella–. Tengo una tienda en la ciudad. Un hobby, nada más.

Connor forzó una sonrisa y se puso entre los dos, para evitar que el conflicto fuera más lejos.

–Natalie, quizá podría ir a ver por qué tarda tanto su hija.

–Mi hija saldrá cuando pueda. Como puedes imaginarte, Connor, no le ha hecho ninguna gracia verte aquí.

–Ha venido por petición mía –dijo Jacob–. Hace mucho que no me pongo delante de una cámara y no puede haber nadie mejor que Connor para guiarme en mi trabajo.

En ese momento, Maxie salió de la habitación.

–Encantada de conocerlo, señor Stephens. Soy Maxie Calhoon.

La impresionante presencia de Maxie lo dejó aturdido. Se había puesto unos pantalones blancos de lino con un jersey blanco

ajustado. Llevaba el pelo suelto enmarcándole el rostro y se había maquillado con maestría.

–Bien –dijo él al fin–. Ahora entiendo el porqué de todo este revuelo. No me extraña que tengas problemas para que los periodistas dejen de perseguirte. Con la excepción de tu madre, eres la mujer más hermosa que he visto.

Maxie negó con la cabeza.

–Es solo el arte de los espejos, señor Stephens.

–Llámame Jacob. Si queremos que la entrevista funcione, tienes que sentirte cómoda. Haré todo lo que esté en mi mano para que sea así.

–Estás preciosa, Maxie. Pero me gustas más con tu ropa de trabajo, me resulta más fácil acercarme a ti –intervino Connor.

–Como no te vas a acercar, no hay ningún problema –dijo Maxie sin ni siquiera mirarlo–. ¿Podemos empezar ya, Jacob? He pensado que lo mejor sería que te enseñara mi granja mientras charlamos. Luego, podemos venir aquí y tener una conversación más formal. Pregúntame lo que quieras.

Connor no pudo evitar volver a intervenir, en un afán por proteger a Maxie.

–No me parece buena idea –dijo–. Sería mejor que miraras la lista de preguntas. Es mejor que sepas lo que va a ocurrir.

Maxie se volvió y lo miró.

–Tienes razón –le dijo fríamente–. De haber tenido eso en cuenta cuando entraste en mi vida, me habría evitado muchos problemas. ¿Qué estás haciendo aquí, Connor?

–Lo he traído yo –Jacob intervino rápidamente–. Pensé que quizá podría ser útil. ¿Por qué no empezamos?

Jacob y Maxie salieron sin mirar a Connor. Él se acercó a la ventana y vio cómo Jacob presentaba a Maxie a todos los miembros del equipo. Todos la miraron admirados.

–Consigue aturdir a un hombre solo con una sonrisa –comentó Connor–. Pero nadie es capaz de ver la verdadera belleza, la que tiene en el corazón. Maxie es un milagro.

–Por lo que me ha dicho, tú no estabas realmente interesado en ella. Era Glitter Baby a quien buscabas.

–No, nunca fue Glitter Baby –respondió Connor con vehemencia–. Desde el primer día fue Maxie la que me interesó. Me dejó ver su alma, su corazón y me he enamorado por primera vez en mi vida. Pero ella no se lo cree y nunca se lo creerá.

Natalie se quedó pensativa durante un momento.

–Mi hija se pasó ocho años llevando una máscara, Connor. A

nadie le interesaba ella realmente. Todo aquello le hizo muchísimo daño. No tenía identidad, ni confianza en sí misma. Nunca salió con nadie seriamente.

–Lo sé –susurró Connor–. Temía que no pudieran quererla de verdad y lo que le sucede es que teme que yo tampoco la quiera. Es tan vulnerable.

Natalie se relajó. Le puso a Connor una mano en el hombro.

–Veo que lo entiendes, y eso me agrada. Maxie ya ha sufrido cuanto tenía que sufrir. Todo lo que ella quiere ahora es tener su propio lugar a salvo en la vida. Yo creo que sería maravilloso que tuviera a alguien con quien compartir eso. Lleva demasiado tiempo sola.

–¿Cómo puedo convencerla? ¿Cómo puedo lograr que entienda que a mí Glitter Baby no me interesa? –la miró una vez más. Habría deseado salir fuera, haberla tomado en sus brazos. Sentía que iba perdiéndola cada vez más–. Créeme, Natalie, no quiero nada de tu hija, solo su amor.

–Te creo –dijo la mujer–. Ahora a quien tienes que convencer es a ella. Tiene un espíritu guerrero.

Él sonrió.

–Como su madre –dijo–. Menudo repaso que acaba de darle a Jacob.

–He sido mala, ¿verdad? Vamos fuera, que ahora sí me voy a portar bien.

–Maxie no quiere que esté cerca.

Natalie sonrió.

–Pues yo pienso que mi hija está enamorada de ti. He estado tratando de averiguar lo que sentía antes de que vinierais. No me permitía que dijera nada malo de ti.

–Bueno, al menos eso es algo –dijo él–. Si me quedo atrás y dejo que Jacob haga la entrevista, a lo mejor ella no se molesta.

–Nunca se sabe. Cosas más extrañas han sucedido –respondió Natalie–. Pero yo no contaría con eso. Vamos.

No fue una buena idea.

Las cosas fueron bien durante los primeros minutos, hasta que se empezó a rodar.

Jacob se ajustó la corbata, le dio una palmadita en el hombro a Maxie y se enfrentó a la cámara.

–Decir que esta entrevista es algo muy especial sería, sin duda, quedarse muy corto. Estoy aquí, de pie, en este maravilloso paraje,

junto a Glitter Baby, la modelo que desapareció…

–¡Corten! –gritó Connor.

–¿Cómo que «corten»? ¡Tú no eres el realizador!

Connor se ruborizó pero continuó.

–Jacob, tú estás diciendo que Maxie es Glitter Baby. No puedes hacer eso, es mentira. Si haces eso nunca la dejarán en paz.

Jacob gruño.

–De acuerdo, recojo tu opinión. ¿Puedo seguir? Vamos –señaló al cámara y comenzó otra vez–. Estoy aquí, en este maravilloso paraje, a unas pocas millas al Norte de Oakley, Wyoming…

–¡Corten! –Connor pasó entre las cámaras–. ¿Por qué no sacas un mapa, para que todo el mundo sepa la localización exacta? También puedes dar su dirección y su número de teléfono. ¡No puedes ponerte ahí y soltar todo eso!

–¿Te has vuelto loco? –preguntó Jacob–. Si no te callas tendré que pedir que te amordacen.

Maxi miraba a Connor boquiabierta. Los miembros del equipo se miraban entre sí.

Natalie se cubrió la boca para reprimir la risa.

–¿Has terminado? ¿Alguna instrucción más?

–No –dijo Connor, consciente de que se estaba comportando como un idiota. Sin duda el amor era un infierno en el que se perdía completamente la dignidad–. Pero ten cuidado con ella.

Connor desapareció detrás de las cámaras y se ocultó entre las sombras.

–La verdad es que me has sorprendido –dijo Natalie–. ¿Siempre te tomas un interés tan personal en la gente a la que entrevistas?

–No.

–Eso me parecía, si no tu carrera habría sido realmente corta.

Connor se encogió de hombros.

–Da igual lo que haga. Antes de llegar aquí he renunciado a mi puesto.

–¿Qué has hecho?

–He renunciado a mi puesto. Si no Jacob ya me habría despedido por hacer lo que acabo de hacer. No sé qué me ocurre. No sé si de repente he perdido el juicio o es que estoy loco de amor. Da lo mismo. He hecho lo que tenía que hacer.

–Me gustaría saber qué opina Maxie al respecto.

–Supongo que le da igual –Connor se frotó el cuello–. Lo siento, pero no puedo sobreponerme a todo esto, Natalie. Supongo que estoy logrando que todo parezca más difícil de lo que es. Tengo que salir de aquí. Me vuelvo a casa.

–Dale un poco de tiempo –le rogó Natalie–. No hagas nada definitivo todavía. Dale la oportunidad de recapacitar.

–Maxie sabe muy bien lo que está haciendo. Ya no es una víctima. Tiene control absoluto sobre su vida… Dígale…

–¿Qué? –preguntó Natalie con una mirada intensa.

–No sé –dijo Connor mirando fijamente a la hermosa mujer que estaba ante las cámaras. Hablaba animadamente con Jacob. Era la criatura más increíble del mundo.

–Dígale que estoy orgulloso de ella.

Capítulo Once

–Lo siento, va a haber un pequeño retraso en el vuelo –le dijo la señorita en el mostrador de billetes–. Hay un alce en la pista de despegue.

Connor no estaba de humor para aguantar aquello. Había conducido cuatro horas desde Oakley hasta Jackson Hole, y había llegado allí a las doce de la noche, para que le dijeran que no había ningún vuelo hasta las ocho de la mañana del día siguiente.

Se había metido en un bar, donde había acabado tomando tequila. Después, se había dirigido a la terminal, y se había acurrucado en una silla, dispuesto a esperar a la hora de partida de su vuelo. Cuando se despertó, varias horas más tarde, le dolían todos los huesos. También tenía una tremenda resaca.

–¿Qué clase de aeropuerto permite que los alces corran sueltos por las pistas de despegue? –preguntó en el mostrador al cabo de un rato–. Esto nunca sucede en Los Ángeles.

La mujer que lo atendía sonrió.

–Todo el mundo sabe que en las grandes ciudades no hay alces.

–Lo único que sé es que tengo un terrible dolor de cabeza –murmuró Connor–. ¿Dónde puedo conseguir una aspirina?

Ella se rio. Al parecer lo encontraba todo tremendamente divertido.

–Parece que está de mal humor –dijo la mujer rubia y agitó enérgicamente los rizos de la cabeza–. Puede comprar aspirinas en la tienda que hay al final del pasillo. Para cuando regrese, será hora de embarcar. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted?

–No –gruñó él. Su estómago empezaba a querer vengarse por todo el tequila que le había echado dentro. Connor nunca solía beber y no le gustaba. La idea del tequila había sido motivada por su intento de paliar la depresión, pero había sido peor. A partir de aquel momento, se convertiría, definitivamente, en un bebedor de leche. Eso le hacía pensar en vacas y las vacas le hacían pensar en Maxie, lo que aún lo deprimió más.

Se sentía realmente desesperado y dolido. Ya sabía lo que era estar con Maxie y no sabía cómo iba a sobrevivir sin ella.

Lo primero que vio en la tienda fue la prensa amarilla, que

exhibía en sus portadas a Glitter Baby.

Connor se preguntó cómo iba a conseguir olvidarla, si su foto estaba en todas partes. ¿Por qué su único amor tenía que ser la cara más fotografiada de América? Connor no quería pensar más en eso. Buscó las aspirinas y se puso a la cola. Estaba cansado de complicaciones.

Accidentalmente, escuchó una conversación de dos jóvenes que estaban detrás de él.

–Es lo más caliente que hay en el planeta. Siempre que estoy con una mujer, me imagino que estoy con ella. Así es que, visto así, me he acostado con Glitter Baby un millón de veces.

–¿Y quién no? Con solo mirar las fotos, te das cuenta de que es una ninfómana.

–Me gustaría ser yo el que la satisficiera.

Aquello fue demasiado ya. Connor se volvió en un movimiento fluido. Tenía el rostro inflamado por la rabia.

–Ya está bien. Será mejor que cerréis vuestras repugnantes bocas.

–¿De qué va oiga? ¿Qué es usted, un misionero?

–Sí –Connor sonrió–. Y, ahora mismo, os voy a mandar al cielo.

Sin pensárselo dos veces, le asestó un tremendo puñetazo a uno de ellos y sintió que, por lo menos, se había roto dos nudillos. Inmediatamente después, se volvió hacia el otro y realizó la misma operación. El hombre agitó la cabeza un momento y, acto seguido, se lanzó sobre Connor, pero cayó sobre el mostrador de caramelos. Una mujer gritó, llamando a los de seguridad. Connor evitó un puñetazo y golpeó de nuevo a su oponente, que cayó al suelo entre un montón de paquetes de caramelos.

Alguien más entró entonces en la pelea, alguien que le decía que se calmara y que trataba de agarrarlo de atrás. Y, justo antes de que sacudiera a este último, un guarda de seguridad sacó la porra y lo golpeó en la cabeza.

En ese instante, las luces se apagaron.

Una vez que se hizo del dominio público que Jacob Stephens había hecho una entrevista en exclusiva a Glitter Baby, los reporteros empezaron a retirarse y todo fue volviendo a la normalidad. Maxie se sentía aliviada. Ya no tenía más secretos que guardar. Jacob había sido maravilloso con ella después de que Connor se había marchado. La había guiado hacia oscuras partes de su pasado, como aquella época en que sufrió de anorexia y le dio la

oportunidad y el coraje suficientes para hablar de ello en público. Dio su opinión clara y sincera sobre lo absurdo de una moda impuesta donde se veneran los cuerpos escuálidos y una belleza absolutamente superficial. Lo que el mundo pensara de ella le importaba ya muy poco. Solo esperaba que hubiera alguien que pudiera aprender algo de sus errores.

Maxie se comportaba como una auténtica profesional delante de las cámaras. Aunque los que la conocían notaban las ojeras que no podía cubrir el maquillaje, lo que el público podía ver era a alguien de fuertes convicciones. Maxie se mantuvo firme y fuerte durante toda la entrevista, luego, también durante la cena, con su madre, hablando de todo en el mundo menos de Connor Garret.

A la hora de dormir, Maxie le cedió el dormitorio a su madre y ella durmió en el salón donde, al fin sola, dio rienda suelta a su tristeza, sin poder conciliar el sueño en toda la noche.

A la mañana siguiente, Natalie notó los ojos hinchados de su hija y se ofreció a quedarse todo el día con ella.

–No hace falta, mamá. Tengo muchísimas cosas que hacer –Maxie acompañó a su madre hasta fuera y la despidió saludándola con la mano–. Cuando vengas, tráete unos donuts o algo.

Natalie se marchó y Maxie se metió en la casa. Sí, claro que tenía muchas cosas que hacer, pero no podía. Estaba absolutamente agotada, así es que se echó en el sofá y se quedó dormida. Pero aún en sus sueños, veía continuamente imágenes de Connor y de aquella noche que habían pasado juntos. Su cuerpo echaba de menos su tacto.

Entre sueños, oyó de repente que alguien llamaba a la puerta y se despertó. Inmediatamente, pensó que, tal vez, sería él.

Se animó. Quizá su historia de amor no había acabado aún.

Pero pronto llegó la decepción pues, al abrir la puerta, se encontró a alguien muy distinto.

–Morrie –dijo ella.

–Bueno, en realidad me llamo Morris, pero dadas las circunstancias me puede llamar como quiera –dijo él nerviosamente y se empujó las gafas con el dedo–. ¿Puedo pasar ? Necesito hablar con usted.

–¿Es sobre la entrevista?

–No. Es sobre Connor. Ha habido un malentendido. Si me permitiera explicarme, se lo agradecería y prometo no volver a molestarla.

Maxie estuvo tentada de mandarlo al infierno, pero no lo hizo.

–Entra –dijo ella con hostilidad–. Pero tienes dos minutos.

Morris pasó al salón.

–Seré rápido –dijo él–. Soy una mala persona. No lo he sabido hasta ahora, pero lo soy por lo que les he hecho a usted y a Connor.

Maxie lo miró confusa.

–No sé qué quieres decir. ¿Tú lo sabes?

–Sí, claro que lo sé –murmuró Morris–. Cuando Connor me dijo que no podía obtener la entrevista, yo hice lo que un buen asistente de producción debe hacer: arreglar las cosas para que usted dijera que sí.

–¿Y qué fue lo que hiciste ?

–Soy el responsable de la hipoteca impuesta sobre su casa. Fui yo, no Connor el que convenció a la agencia. Aunque, realmente, no van a llevarla a juicio ni nada por el estilo. Ellos saben que están andando sobre terreno resbaladizo. Pensé que el fin justificaba los medios, solo que esta vez me equivoqué.

A Maxie le empezaron a temblar las piernas. Se sentó en el sofá incapaz de hablar.

–Soy un completo idiota. Connor siempre ha sido un gran jefe y todo lo que he aprendido lo he aprendido de él. Pero esta vez he cometido un gran error y, además, contra él –Morris inclinó la cabeza–. Cuando vi lo que sucedió entre ustedes, cómo reaccionó usted con él, me di cuenta de que había cometido un terrible error. A él le importaba muy poco la entrevista. Lo único que quería Connor era protegerla a usted. Sabe que ha renunciado a su trabajo, ¿verdad?

–Sí, pero pensé que lo había hecho porque había perdido la entrevista.

–No, no fue por eso. Lo hizo porque no quería ser parte de algo que podía hacerle daño a usted. Se marchó a Jackson Hole anoche, con la intención de subirse a un avión.

–¿Se ha ido?

Morris se alegró de que estuviera sentada, pues la noticia que iba a darle podía afectarla.

–No. Está en la cárcel.

–¿En la cárcel? ¿Qué quiere decir en la cárcel?

Morris se explicó.

–Al parecer, un par de tipos en el aeropuerto la vieron en la portada de los periódicos y empezaron a hacer comentarios indeseables sobre usted. A Connor no le gustó. Los dejó sin sentido a los dos, hasta que el guarda de seguridad lo dejó sin sentido a él. Me voy ahora a la cárcel por él. Solo quería contárselo todo antes de irme.

Maxie suspiró.

–¡Cielo santo, qué idiota!

–Sí, sé que soy un idiota –dijo Morris–. Pero quería…

–No me refiero a ti –respondió Maxie–. Sino a mí.

Morris se animó.

–Estaba muy equivocada respecto a él. Quizá podrían hablar. Ahora que se han encontrado, sería una lástima que dejaran escapar esta oportunidad.

Maxie ya no estaba escuchando a Morris. Escuchaba solo a su inexperto corazón que le decía que tantos años de desconfiar de la gente la habían obligado a levantar un muro ante el mundo, para que no le hicieran daño. Pero aquel capítulo de su vida había concluido, no se tenía que esconder más y sabía que el amor implicaba un riesgo que valía la pena correr. Connor era un riesgo que valía la pena correr.

–Así que peleó por mi honor –dijo ella.

–Sí. Si quiere que se lo traiga, iré ahora mismo a rescatarlo.

–No hace falta –respondió ella–. Yo misma iré a rescatarlo.

Morris la miró dudoso.

–No creo que ese sea el mejor lugar para un reencuentro.

–Él me rescató a mí, yo lo rescataré a él.

Las cosas no podían ponerse peor.

Connor estaba tendido en el duro banco de cemento de la celda en la estación de policía de Jackson Hole. Era la primera vez en su vida que lo habían arrestado. Su avión se había marchado sin él y nadie aparecía por allí con intención alguna de sacarlo.

La resaca iba remitiendo, pero tenía los nudillos hinchados y un bonito ojo morado.

De pronto, se oyó una conmoción en la comisaría. Quizá sería Morris.

Connor cerró los ojos y reprimió una náusea. Esperaba que su estómago no le jugara una mala pasada.

Pero al abrir los ojos se encontró una visión angelical. Maxie Calhoon en persona se dirigía hacia su celda, escoltada por cuatro policías.

–Muchas gracias a todos –dijo Maxie y se puso la mano en el corazón–. ¿Qué habría hecho sin su colaboración?

–De nada –repitieron todos a coro.

Maxie se detuvo delante de la celda de Connor y lo miró de arriba abajo.

–Tienes un aspecto terrible –le dijo–. Según parece, te has portado mal.

–Tú estás estupenda –respondió él. Llevaba unos vaqueros y una camisa vaquera. No se había puesto ni gafas ni sombrero para ocultarse y no parecía importarle que los hombres la miraran.

–Morris ha venido esta mañana y me lo ha contado todo. Me ha dicho que te habían arrestado por perturbar la paz.

–Sí, así es –respondió él. Deseaba desesperadamente tocarla–. Maxie, verte aquí es lo único bueno que me ha sucedido desde la última vez que te vi. Te agradezco que hayas venido a visitarme. Pero esto puede provocar más publicidad.

–No he venido a visitarte –le dijo–. Soy tu caballero de la armadura y he venido a rescatarte. Ya me importa muy poco la publicidad.

Connor abrió la boca para decir algo, pero la volvió a cerrar.

–¿Te ha comido la lengua el gato ? –bromeó ella–. Parece que esta vez soy yo la que tiene que hablar. He oído que has dejado tu trabajo.

–Sí –dijo Connor, que estaba cada vez más confuso con aquella situación.

–Pero te gustaba.

–Me dejó de gustar hace cuatro días.

Ella inclinó la cabeza y estudió al hombre que se había adueñado de su corazón. Tenía el pelo revuelto y un ojo hinchado, llevaba la camisa medio desabrochada a falta de dos botones.

Era el hombre más guapo que había visto en su vida.

–¿Qué vas a hacer? –preguntó ella.

–No tengo ni idea –respondió–. Maxie… ¿por qué has venido?

Sus ojos se encendieron y sonrió llena de vida.

–Porque eres el primer amor de mi vida y quiero que también seas el último.

Los policías se quedaron petrificados ante aquella sincera declaración de amor. Aquella era Glitter Baby y estaban presenciando un hecho histórico.

–Siento no haber confiado en ti antes –dijo ella y se agarró a las barras de metal–. Soy demasiado precavida, y por algunas cosas uno se debe arriesgar. Ayer, cuando interrumpías la grabación, tuve la sensación de que no lo hacías por Glitter Baby, sino por Maxie Calhoon. Luego la confesión de Morris me hizo ver que tú nunca me harías daño.

Connor le agarró la mano, sintiendo entre ellos una conexión que iba más allá de lo físico.

–Dame toda la vida y te lo probaré. Te quiero, Maxie, te he querido desde el principio. Si tú no me dejas pasar contigo el resto de mi tiempo aquí, no sé lo que voy a hacer –sus ojos estaban hambrientos de ella–. Hemos estado separados dos días, y mira dónde he acabado: en la cárcel. Estoy perdido si no tengo tu amor.

Maxie se acercó a los barrotes para poder estar todo lo cerca que aquella barrera les permitía.

–Puedo enfrentarme a todo si te tengo a mi lado. Me das seguridad. Perdóname por haber dudado de ti, Connor. No tengo mucha experiencia en esto del amor incondicional.

En el rostro de Connor había amor, humildad y sorpresa.

–Nunca jamás te habría hecho daño. Sería capaz de remover el cielo y la tierra para protegerte y para hacerte feliz.

Maxie sonrió pícaramente.

–¿Qué más harías, Connor?

Uno de los policías se sentó. Parecía estar sufriendo de hiperventilación.

–Consigue que me saquen de aquí y te lo demostraré personalmente –le lanzó una sonrisa de complicidad–. Nos iremos al hotel más próximo y no saldremos hasta que estemos completamente agotados de tanto hacer el amor.

Otro de los policías se sentó también.

–Durante toda mi vida solo existirás tú y tú –susurró Maxie–. Quiero tener bebes contigo, ver el atardecer contigo, despertarme cada mañana a tu lado. Si necesitas trabajar en Los Ángeles, me iré contigo. Nunca vas a libarte de mí, Garret, y tengo la mala costumbre de conseguir siempre lo que quiero.

Connor necesitaba salir de aquella maldita celda y tomarla en sus brazos. Se estaba quedando sin oxígeno.

–No me gusta Los Ángeles –dijo–. Me encanta esto y querría intentar escribir y criar vacas contigo y hacer muchos, muchos bebés.

Sin apartar la mirada de Connor, se dirigió a los policías.

–Oficiales, o lo dejan salir a él o me dejan entrar a mí. No me importa dónde estoy con tal de poder estar con él.

Las llaves resonaron en la mano de un policía.

–Es usted un hombre afortunado –le dijo–. Muy afortunado.

En cuanto se abrió la puerta, se lanzaron el uno en brazos del otro sin ningún tipo de recato. Cuando ya estaban a punto de rozar el límite de su fuerza de voluntad, se apartaron y él tomó su rostro entre las manos.

–Estaremos juntos para siempre desde el día de hoy.

Ella asintió solo con la mirada.

Los policías los condujeron hasta la recepción de la comisaría, donde los reporteros se agolpaban impacientes. A pesar de todo, nada podría vencer su euforia.

–Tu sola presencia en la comisaría le ha alegrado la existencia a estos cuatro hombres –dijo Connor.

–Tengo que advertirte de que, en más de una ocasión, oirás a la gente decir cosas de mí. Espero que no te dediques a golpear a todos. Algún día el teléfono dejará de sonar y el mundo se olvidará por completo de Glitter Baby. Pero, hasta entonces, debemos ser pacientes.

Connor asintió.

–Sí, amor mío, lo que tú digas.

Maxie sonrió sensualmente.

–¿Y me vas a dejar amarte para siempre, con todo mi corazón, todo mi cuerpo y toda mi alma?

Todos los sueños que Connor había tenido en su vida se estaban haciendo realidad. Sentía ternura y un amor infinito y poderoso.

–Sí, amor mío, claro que sí.

A unas doscientas millas hacia el Sur, Jacob Stephens y Natalie Calhoon estaban en la heladería disfrutando de un «banana split».

–¿Tú crees que deberíamos decírselo? –preguntó Natalie.

–¿Decir qué a quién? –dijo Jacob con fingida inocencia.

La mirada de Natalie decía claramente que no la podía engañar.

–Decirles la verdad.

–¡Eso! –dijo él–. ¿Y para qué?

Natalie se mordió el labio inferior.

–Puede que algún día lo descubran. Pueden llegar a sentirse manipulados.

–No hicimos nada malo –afirmó Jacob–. Yo entré completamente por accidente en tu tienda hace dos meses. Si resulta que hablamos de Maxie y Connor y decidimos que debían conocerse, eso es asunto nuestro. Lo de enamorarse ha sido trabajo suyo.

–¿Y lo otro? ¿Qué pasará cuando descubran que estamos juntos? ¿No deberíamos decírselo?

Jacob sonrió.

No nos creerían. Hicimos una actuación estelar el otro día. Te lo aseguro, no nos creerían. Soy demasiado bajito para ti.

–Y yo demasiado alta para ti –respondió ella y suspiró–. En fin.

¿Qué te parece si vamos al cine esta noche? Después podemos ir a mi casa y te enseñaré mis «antigüedades».

«Soy un hombre afortunado», pensó Jacob. «Sin duda ha valido la pena esperar».

–Sí, claro que sí –respondió él.

Epílogo

Había en la habitación una única fotografía, pequeña, además, pero que ocupaba un lugar predominante en la pared del dormitorio. Había dos personas en la foto, ambas bronceadas por el sol, ambas sonrientes. Estaban descalzas sobre la arena, con un bonito fondo de olas azules y blancas. Había habido una boda. La novia llevaba un sencillo vestido blanco y un ramo de flores. La brisa agitaba su largo cabello. El novio iba con un esmoquin negro. Un arco iris coronaba aquel precioso momento.

–¿Estás despierta? –preguntó Connor, mientras miraba la fotografía de su esposa, a la que tenía a su lado.

Ella no respondió y él aprovechó para observarla.

–Maxie, ¿estás despierta?

–Sí –respondió ella somnolienta–. Un poco dormida…

Connor sonrió, consciente de sus motivos para estar exhausta.

–Cariño, despierta, esto es muy importante.

Maxie bostezó y se dio media vuelta. Su rostro estaba relajado, sus labios carnosos entreabiertos y Connor sintió una vez más un arrebato de pasión.

–Tengo algo importante que preguntarte. ¿Estás despierta?

–Déjame pensar –dijo ella y alzó los brazos sobre la cabeza, dejando los senos medio al descubierto. Le encantaba mirar a Connor por las mañanas. Su aspecto le recordaba al que él tenía cuando hacían el amor–. Puede que sí. Te quiero, Connor.

–Yo también te quiero –dijo él y sonrió. Sabía que aquella mujer había puesto toda su confianza en él y Connor le daba todo lo que le daba ella: amor, confianza, felicidad. Su amor se había duplicado y seguía duplicándose cada instante que estaban juntos. Eran una familia y sus destinos estaban unidos para siempre–. Me he dado cuenta de una cosa. No sé de qué color será el pelo de nuestros hijos.

–¿El pelo de nuestros hijos? –repitió Maxie somnolienta–. Ahora sí que me he perdido.

–Aquí estamos, casados y no sé de qué color es realmente tu pelo. Cuando eras modelo lo llevabas rubio ceniza, pero ahora es castaño. Estarías bien hasta con el pelo verde, pero me gustaría

saber cuál es el auténtico.

–Me lo aclaré cuando trabajaba, pero siempre he sido castaña. Así es que cuando me retiré, volví a mis orígenes. Ya sabes todos mis secretos.

Ella no podía saber hasta que punto era hermosa de cualquier forma.

–Entonces nuestras niñas tendrán el pelo oscuro.

–Y nuestros niños serán encantadores y seductores como su padre. A menos que el destino nos haga trampa. A veces sucede –dijo ella, acercándose a él y comenzando un sugerente movimiento con la pelvis–. ¿Cuántos vas a querer?

Connor observó los incitantes movimientos de su hermoso cuerpo.

–¿Cuántos qué?

–Niños –dijo ella y le acarició el torso. Adoraba aquel fuego único que se encendía en los ojos de Connor–. ¿Querrías más de dos?

–¿De dos qué? –Connor sentía la falta de oxígeno en la habitación–. Maxie, me vas a matar. Mi control tiene un límite.

–Yo querría cuatro –continuó ella, mientras exploraba eróticamente su cuerpo, y un sentimiento nuevo y salvaje se despertaba en ella–. Esto es fantástico. ¿Sabes qué?

–¿Qué?

–Tengo hambre.

–¿Hambre?

Ella asintió.

–Pero no de comida –le besó la comisura de los labios–. Tengo hambre de ti. Me da igual no volver a comer en mi vida, siempre y cuando te tenga a ti y te pueda amar a ti, día tras día.

–No hagas promesas que no puedes cumplir.

–Ven aquí –dijo ella–. Necesito besarte.

En lugar de obedecer, agarró la sábana blanca que la cubría y se la retiró. Cada centímetro de su cuerpo que aparecía era más provocativo y sugerente–. Amor mío eres tan…

–¿Tan qué? –preguntó ella impaciente.

–Preciosa –le dijo. La estiró, le agarró las manos y se las sujetó por encima de la cabeza. Estaba excitado y ella gimió al sentir su masculinidad entre las piernas.

–Ya me tienes. ¿Qué me vas a hacer ahora? –preguntó ella.

–Me sería más fácil decirte lo que no te voy a hacer.

Maxie adoraba sus besos, sus caricias, sus manos recorriéndole todo.

Connor sonrió.

–Te encanta esto, ¿verdad?

–Me encantas tú…

–¿Y esto? –el pulso de Connor se empezaba a desbocar–. ¿Y esto?

–Todo –respondió ella.

A Maxie le encantaba aquello, cuando sabía que podía llegar a hacer que perdiera el control.

Cada vez lo necesitaba más, necesitaba tenerlo dentro.

Connor levantó la cabeza.

–Mírame –le susurró–. Quiero que me estés mirando para que lleguemos juntos. Así lo hizo.

Poco a poco se abrió paso en ella. El ritmo al principio era lento, acompasado. Pero fue creciendo hasta la ferocidad y, al fin, juntos, llegaron al éxtasis. Y juntos encontraron el milagro de la comprensión y de la entrega eterna.

Después, permanecieron tumbados durante un rato. Connor le acariciaba el pelo a Maxie, mientras miraba fijamente sus labios apetitosos. A veces parecía mayor de lo que era, pero en aquel instante yacía tan confiada y feliz que parecía mucho menor.

–Verte es amarte –dijo él–. Eres mi amor, mi esposa, mi amiga, todo lo que necesito en la tierra lo tengo en ti.

Ella sonrió.

–Dime, Connor, ¿te sientes bien casado conmigo?

–Sí, y ya me sentía así incluso antes de estarlo, creo que desde la primera vez que te vi.

–¿Connor?

–¿Sí?

–Tengo hambre.

Él levantó la cabeza sobresaltado.

–Maxie, solo soy un hombre.

–No me refiero a eso –dijo ella–. Me refiero a hambre de comida. Después tendré otra vez energía para el otro tipo de hambre. ¿Quieres unas tostadas, con mantequilla y mermelada?

–¿Podemos desayunar en la cama?

Maxie podía ser una novata en el tema sexual, pero sabía dónde había una buena propuesta.

–Eso ya se me había ocurrido a mí.